

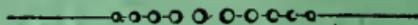
COLECCION
DE LAS MEJORES COMEDIAS
DEL
TEATRO ANTIGUO
Y
MODERNO ESPAÑOL.



MADRID: 24

—
Librería de D. J. CUESTA, calle de Carretas, n.º 9:
Depósito central de toda clase de comedias, zar-
zuelas, óperas y sainetes, tanto del Teatro anti-
guo como moderno.

COMEDIAS DEL TEATRO MODERNO.

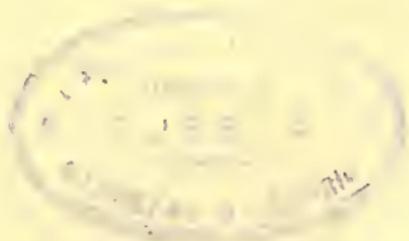


- | | |
|----------------------------------|-----------------------------|
| Abate F' Epeé. | Coquetismo y presuncion. |
| Acelina. | Costumbres de antaño. |
| Adolfo y Clara ó los dos presos. | Cuántas veo tantas quiero. |
| Agamenon (tragedia). | Caer en el garlito. |
| Ali-Bek. | Caer en sus propias redes. |
| Amantes generosos. | Celos. |
| Amor y la intriga. | Ciego. |
| A la vejez viruelas. | Cuentas del zapatero. |
| A Madrid me vuelvo. | Cartas del Conde-Duque. |
| Abenabó. | Cada mochuelo á su olivo. |
| Alfredo. | Carnaval de Nápoles. |
| Amores de Sopeton. | Celos del tio Macaco. |
| Aetrix, militar y beata. | Cigarrera de Cádiz. |
| Amante misterioso. | Con título y sin fortuna. |
| Arturo ó los remordimientos. | Cuakero y la cómica. |
| Al pié de la letra. | Chaquetas y fraques. |
| Amor por el tejado ó la Marcela. | Duque de Viseo. |
| Andaluza en el laberinto: | Deber y la naturaleza. |
| Atahualpa (tragedia). | Don Dieguito. |
| Bandolero. | Don Pedro de Portugal (tra) |
| Borrascas de un Bodegon. | De una afrenta dos vengam |
| Bravío de Sevilla. | Doş muertos y ningun difu |
| Bella labradora. | Duque de Altamura. |
| Blanca y Montecasin (tragedia). | Don Sancho García de Casti |
| Bosque peligroso. | Doña María Pacheco. |
| Cecilia y Dorsan. | Dorotea (La). |
| Califa de Bagdad. (ópera). | Dos preceptores. |
| Chismoso (El). | Dos sargentos franceses. |
| Clementina y Desormes. | Don Sancho el Bravo. |
| Cadma y Signoris. | Don Tello de Guzman. |
| Calavera (El). | Doncel de Don Fernando (I |
| Caliche. | Dos compadres. |
| Camila (tragedia). | Dos Seminaristas. |
| Casamiento por fuerza. | Dido. |
| Castillos en el aire. | Doña Inés deCastro. |
| Citas (Las). | Dos sobrinos. |
| Citas debajo del olmo. | Del Rey abajo ninguno, Ga |
| Cocinero (El) y el secretario. | Castañar. (Corregida pe |
| Condesa de Castilla. | cenbuch). |

Coquetismo

Y

PRESUNCION.



Siendo esta comedia una propiedad del editor, y cuyos ejemplares van rubricados, se perseguirá con todo el rigor de la ley á cualquiera que la reimprima.

COQUETISMO

Y

PRESUNCION,

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS.

POR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.

»De árbol que el suelo envenena
Es provechoso hacer tala,
Y arrancar la yerba mala
Es hacer medrar la buena.»

Acro 1.^o Esc. V.^a



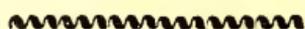
MADRID :

Imprenta que fue de Garcia, calle Jacometrezo,

1831.

PERSONAS.

DOÑA MARIA , madre de..... SRA. VIRG.
ADELA..... SRA. SAMANIEGO.
INÉS, criada de doña María.. SRA. T. BAUS.
FERMIN, fingido nombre de
 don Antonio..... SR. LUNA.
LUIS, primo del anterior..... SR. RAM. LOPEZ.
PEDRO, criado de don Judas. SR. JOSÉ CUBAS.
D. JUDAS, tio de los anteriores. SR. CAMPOS.



La Escena es en Cádiz en una sala de
la casa de doña María.



ACTO PRIMERO.



ESCENA PRIMERA.

FERMIN É INÉS.

Fermin entrando como de la calle se quita el sombrero y lo deja. Inés de casa.

FERMIN.

¿Han venido?

INÉS.

No señor.

FERMIN.

¿Y cómo sigue la tía de sus males?

INÉS.

Cada día, señorito, está peor.

FERMIN.

Pues ya de fastidio pasa que por esa bagatela, ni tu señora ni Adela

jamas estén en su casa.

INÉS.

La señorita me dijo
para usted que aquí la aguarde.

FERMIN.

Como ella mucho no tarde
no será.....

INÉS.

¿De veras?

FERMIN.

Fijo.

Yo, Inés, jamas me avasallo
á caprichos de muger ,
y de aqueste proceder
muy satisfecho me hallo.
¡Qué mal de otra suerte hiciera!
Con juventud, con caudal,
y una figura tal cual
¿me ha de faltar quién me quiera?
Por fortuna hay tal enjambre
de mugeres en el dia,
que fuera estraña manía
el querer rendir por hambre
á quien tanto se promete;
así, dile me he marchado,
pues no estoy acostumbrado
á ser de nadie el juguete.

(7)

INÉS.

(¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,
usted no la ama?

FERMIN.

¿Yo.....? Sí.....

Pero aun mas me quiero á mi.

INÉS.

Mal le paga usted su amor.

La vida le costaría
un desden tan solo.

FERMIN.

Ya.

INÉS.

Pedro viene.

FERMIN.

¿Qué traerá?

INÉS.

Alguna majadería.

ESCENA II.^a

Dichos y Pedro.

PEDRO.

Señorito.

FERMIN.

¿Qué ha ocurrido

de nuevo?

(8)

PEDRO.

Tengo que hablarle.

INÉS.

Pues ya consigo dejarle
con Perico, me despido,
que han de ser mas de las dos,
y tengo mucho que hacer
allá dentro.

PEDRO.

A Dios muger.

FERMIN.

Inés hasta luego. A Dios.

ESCENA III.^a

Fermin y Pedro.

FERMIN.

¿Qué hay en suma?

PEDRO.

Que ha de haber.

Que don Luis sin avisar,
ahora acaba de llegar.

FERMIN.

¡Mas cómo.....! (*Coge el sombrero.*)

PEDRO.

No es menester.

Ya sabe está usted aquí,

y no puede tardar nada.

FERMIN.

¿Y á qué viene esa embajada
y aquesse misterio? ¿Dí?

PEDRO.

¿Qué sé yo? Lleve el demonio
lo que yo entiendo este lio.

Mas como el tio no es tio,
ni usted es ya don Antonio,
ní aun yo mismo sé quién soy;
bien pudiera, sin querer,
echar el primo á perder
lo adelantado hasta hoy.

Por eso con tal secreto
vine á avisar su venida.

FERMIN.

Primera vez en mi vida
que te he encontrado discreto.

En fin, nadie en casa está,
y fue vano tu temor.

¿Mas tardará?

PEDRO.

No señor.

Aquí le tiene usted ya.

ESCENA IV.^a

Dichos y Luis.

LUIS.

Primo.

FERMIN.

Luis.

LUIS.

Con cuanto gozo
te miro, y con que impaciencia,
despues de tan larga ausencia
me tenias.... ¡Qué buen mozo!
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!

FERMIN.

Favores tuyos.

LUIS.

No, á fe.....

FERMIN.

Mas á otra cosa. ¿Por qué
no avisaste al instante
que decidiste venir?

LUIS.

Fue por la misma razon
que en seis meses, ni un renglon
tuyo pude recibir.
Te escribí desde Alcalá,
en donde asuntos tenia

de mi casa, y ya creía
 volver pronto por acá;
 cuando un correo, me hallo
 con que mi padre está en cama
 gravemente enfermo, y clama
 por verme; monto á caballo,
 llego á Madrid, y la suerte
 dejó mi anhelo cumplido;
 pues le hallé restablecido
 cuando temia su muerte:
 supe al volver de Castilla
 que de París te marchaste,
 que á Barcelona llegaste,
 y que estabas en Sevilla.
 Allí buscarte pensé;
 pero pronto desespero;
 pues nadie tu paradero
 me dice; á Cádiz llegué
 por dicha supe de tí,
 y como yo he visitado
 esta casa, sin cuidado,
 á abrazarte vine aquí.

FERMIN.

Pues la echabas á perder
 de medio á medio.

LUIS.

¡Yo!

FERMIN.

Cierto.

LUIS.

Hombre me has dejado muerto.

FERMIN.

Oye, que vas á saber
la historia de aqueste enredo.

LUIS.

Que me ha de agradar confio.

FERMIN.

Ve Pedro, busca á mi tío
y avisale.

PEDRO.

En todo quedo. (*Vase.*)

ESCENA V.^a

Luis y Fermin. (se sientan.)

LUIS.

¿Y bien?

FERMIN.

Estraño quizá
puede haberte parecido
el verme aquí introducido
como me ves, y será
mas grande tu admiracion
cuando sepas lo que pasa,

pues ignoran en la casa
mi nombre y mi condicion.
Sabes que doña María
trató con mi parentela
enlazarme con Adela,
á quien yo no conocia:
viéndome solicitado,
á sus ruegos me abandono,
que es de gentes de gran tono
boda por razon de estado.
La grande fama de bella
que mi futura tenia,
despertó en mi la manía
de verla, sin que ni ella
ni nadie en Cádiz supiese
quien era yo, su hermosura
rendir, y que esta aventura
un nuevo lauro me diese.
Llegué en hora peregrina,
pues apenas dejo el coche
supe como aquella noche
iba al Moises mi heroina;
y para gobierno mio,
su palco aprendí tambien.

LUIS.

Bravísima entrada. ¿Y quién
tanto te dijo?

FERMIN.

Mi tío.

LUIS.

Es verdad; sigue adelante.

FERMIN.

Ya estaba alzado el telon
cuando llegué, y la atencion
llamo de tanta elegante
que me mira, y me importuna.
Yo, con aire de conquista,
paso por todas la vista;
mas sin fijarme en ninguna.
Me siento, y á los actores
miro con faz desdeñosa,
como quien dice: no es cosa,
yo los he oido mejores:
vuelvo la espalda á la escena
fingiendo estar aburrido,
mientras juego distraido
con los sellos y cadena.
Pongo el guante, limpio el lente,
doy una mano al cabello,
arreglo corbata y cuello,
y á mi Adela ya impaciente
con lánguidos ojos miro;
se sonrie, y de mi amada
pago una dulce mirada

con un amante suspiro.

Ufana al ver que ha dejado
á sus rivales burladas,
con un millon de monadas
me muestra que soy amado.
Habla en tanto el anteojo,
señas hago, amor las guia,
y ¡qué dicha! ya era mia
en el paso del mar Rojo.

LUIS.

¡Jesus, qué admirable paso!

FERMIN.

De mi ventura seguro
todos los medios apuro
para conseguirla, el caso
cuento por menor al tio,
le digo cual es mi objeto,
exigiéndole el secreto
que á su discrecion confio,
y por tal conducto, en fin,
consigo hacerle visita
y enamorar á Adelita
bajo el nombre de Fermin.

LUIS.

Con que al cabo, en ese abismo
caiste ya.

FERMIN.

No señor,

que amar y hacer el amor
no quieren decir lo mismo.
Sabes que toda mi vida
pensé, como pienso ahora,
que el que á una muger adora
de lo que vale se olvida.
Ni aprecio, ni apreciar quiero
á ese sexo fementido,
con el fuerte, envilecido,
con el débil, altanero:
aman á quien las desprecia,
desprecian al mas amante,
la que algo sabe, es pedante,
y es insufrible la necia:
nadie jamas las escede
en perversidad y engaño,
pues la que no te hace daño
es porque hacerlo no puede.
Te juran amor sin fin,
y esto lo prometen todas,
mas dura como las modas
hasta el nuevo figurin;
pues en el instante mismo
que hallan quien las haga un gesto
coges el fruto bien presto

de su innato coquetismo.

Dí si con tal opinion
será facil que las quiera.

LUIS.

Es cierto; mas bueno fuera
hacer una distincion.

Nadie como yo en el mundo
ódia á la immoral coqueta;
mas nadie tanto respeta
á un sexo amable en quien fundo
mi felicidad futura;

así desplego mi saña
contra la que el brillo empaña
del pudor y la hermosura.

De árbol que el suelo envenena
es provechoso hacer tala,
y arrancar la yerba mala
es hacer medrar la buena.

No á todas tu errado celo
las juzgue por un igual,
que quien de ellas habla mal
es como el que escupe al cielo.

Así te juzgo engañado
en lo que de amor infieres;
que hay mugeres de mugeres.

FERMIN.

Cosás del siglo pasado.

LUIS.

Como tu gustes. ¿Mas dí?

¿A tu razon no le choca
amor tan pronto y tan poca
reserva en la niña?

FERMIN.

Sí.

Pero á veces un capricho
en cariño se convierte;
y quizás Adela.....

LUIS.

Advierte

que no há un instante, me has dicho,
lo falaz y lo engañoso
que es el afecto en muger.

FERMIN.

Mas eso se ha de entender
cuando da con un baboso.

Cuide el hombre no resbale,
que va á dar en un abismo:
dese gran tono á sí mismo
y pondere lo que vale;
y aunque él no prometa boda,
ni en su conducta sea puro
puede contar por seguro
con verse un dia de moda.

Ni desdenes, ni tibieza.

verá en la niña mimada,
 ni se armará la taimada
 de femenil sutileza:
 á la de mas alta esfera
 mas la desaire y humillé,
 que no haya miedo que chille
 ni su amor propio se hiera;
 antes bien su orgullo necio
 se vuelve en humilde ardor,
 y lo que no pudo amor
 siempre lo puede el desprecio.
 Aquesta, Luis, es mi escuela,
 y en tanto como he corrido,
 ninguna me ha resistido.

LUIS.

Dichoso tú. ¿Pero Adela
 nunca llegó á sospechar
 quién eras?

FERMIN.

Ni por asomo.

LUIS.

Pues es extraño.

FERMIN.

¿Mas cómo
 lo pudiera averiguar?
 Dos meses no se han cumplido
 desde que á España volví,

:

y así en Sevilla y aquí
 soy de pocos conocido:
 y tío, con fundamento
 juzgo que lo ha de callar,
 pues que jamás sabe hablar
 sino de la mar y el viento.

LUIS.

¿Con qué sigue en su manía?

FERMIN.

Pero con tal afición
 que su perenne mansión
 es la torre de Vigía:
 decide en tono maestro
 de buques y temporales,
 y sabe el plan de señales
 lo mismo que el padre nuestro.
 La muralla es su paseo,
 el Ciscar es su alcoran,
 su testo don Jorge Juan,
 y Tosiño su recreo,
 el anteojo es su pasión,
 y en aquesa lengua insana
 llama porta á la ventana,
 y á la puerta, el portalon.
 Para él cualquier lienzo es vela,
 es camarote la alcaha,
 y en fin, son pages de escoba

los chicos de la candela.

De modo que aunque pregunto
no entiendo su algaravia.

LUIS.

Te compadezco á fe mia.

Mas, volvamos á tu asunto.

¿Dime? ¿La buena viuda
cómo piensa?

FERMIN.

No se explica;

mas querrá casar la chica.

¿Puede en eso haber duda?

LUIS.

Pero el compromiso.....

FERMIN.

Bravo,

cuando un novio se presenta
madre hay que ajusta la cuenta
al hombre, hasta de un ochavo,
y el que mas tiene, se queda
por ley de mejor postor,
que hay pujas en el amor
como si fuese almoneda.

Los compromisos son grillos
que ligan en sus deberes
al hombre; mas las mugeres
no reparan en pelillos.

LUIS.

¿Y piensas casarte presto?

FERMIN.

No lo sé.

LUIS.

¿Pues cómo así?

FERMIN.

Antes que viniese aquí
ya todo estaba dispuesto:
documentos y retrato
tiene en su poder el tío
hace ya tiempo, aunque fio
que lo ignoran; así trato
de dar largas con cautela
al dichoso casamiento,
pues este descubrimiento
cosa ha de ser de novela.
Mas aquí para los dos.
Por lo que me has indicado,
de que estás enamorado
tengo sospecha, y por Dios
que en tu genio lo estrañara.

LUIS.

Pues es cierto.

FERMIN.

¿Estás en tí!

¿Y eres hombre?

(23)

LUIS.

Creo que sí.

FERMIN.

¿Y amas?

LUIS.

La cosa no es rara.

FERMIN.

Por llegarla á conocer
diera un dedo sin reparo.

LUIS.

Lo que es yo, á precio tan caro,
ni á Venus quisiera ver.

Mas, con menos te prometo
que ese empeño has de lograr;
pues el venirla á esperar
es de mi viage el objeto.

FERMIN.

¿Con qué será prima mia?

LUIS.

Así parece.

FERMIN.

¡Qué horror!

¿Te casas? ¿y con amor?

¡Jesus, y qué ganseria!

LUIS.

¿Qué dices!

FERMIN.

¿No ves, Luis,
que ya estás á vulgo oliendo?
¡Cuánta falta te está haciendo
un bañito de París!

LUIS.

¿Estás loco?

FERMIN.

Bueno fuera.

LUIS.

¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERMIN.

No sé; mas si lo es casarse
como se casa un cualquiera.

LUIS.

Pues al contrario, yo infiero
que en amor no hay preferencia.

FERMIN.

¿Y entónces qué diferencia
hay de tí á tu zapatero?

LUIS.

¿Qué aqueso á decir te atrevas!
su amor mi dicha asegura.

FERMIN.

Si en amor buscas ventura
valiente chasco te llevas.
Busca orgullo, veleidades,

manías é impertinencia,
y armate bien de paciencia
para escuchar necedades;
busca insensatez, capricho,
busca vanidad sin scso,
busca en fin muger, y en eso
cuenta que todo está dicho.

LUIS.

¡Qué exagerada manía!

FERMIN.

Luis, la constancia amorosa,
aunque suena á grande cosa,
solo es palabra vacía;
y yo, entre tanta muger,
constante no hallé ninguna.

LUIS.

Culpa á tu propia fortuna
si no supiste escoger.

FERMIN.

Mas si en mí vida tal ví
¿cómo quieres que lo crea?

LUIS.

Como crees que hay Guinea
y nunca estuviste allí, (*Llaman.*)

FERMIN.

En eso no convenimos.

(26)

LUIS.

Calla, que llegan por fin.

FERMIN.

No olvides que soy Fermin,
y que ya no somos primos.

ESCENA VI.^a

Dichos, doña María y Adela.

FERMIN.

Señoras, tengo el honor.....

DOÑA MARÍA.

Ferminito, cuanto siento
que usted..... ¡Mas cómo! ¡Luis!
¡Por mi casa tanto bueno!
¿cuándo ha sido la llegada?

LUIS.

No há una hora, y el deseo
que de ponerme á sus pies
tenia, me trajo luego
aquí, en donde por mi dicha,
de Fermin tuve el encuentro.

ADELA.

¿Qué, usted conoce al señor?

LUIS.

Sí, Adelita, hace ya tiempo.

FERMIN.

Desde antes de mis viages.

LUIS.

Asi es.

FERMIN.

¿Y qué tenemos

de males?

LUIS.

¿Pues qué, señora,

hay en casa algun enfermo?

DOÑA MARÍA.

En casa nó; mas mi tia

Paulita se está muriendo

de revolucion de humores

con vómitos y despeños,

y aunque toma quina, á sacos,

no puede el doctor con ellos.

LUIS.

Será ya muger de edad.

DOÑA MARÍA.

Mas no como para eso.

¿Pero usted no la conoce?

Hombre sí.

LUIS.

Pues no me acuerdo.

DOÑA MARÍA.

Sí, sí tal.

(28)

LUIS.

Como usted guste.

DOÑA MARÍA.

Es mucha pena por cierto.

ADELA.

¡Ay Jesus! mi pobre tia..... (Llora.)

FERMIN.

¡Qué usted llora!

LUIS.

Y es muy bello

ese llanto, que demuestra
un corazón noble y tierno;
mas no se anticipe usted
á sí misma el sentimiento,
que aunque deba presumirse
aun no existe como cierto.

FERMIN.

Tiene razón, ¿A qué vienen
esas lágrimas?

DOÑA MARÍA.

Luis, tiemblo

de cualquier cosa que ocurre
por mi hija. Es mucho cuento;
porque como es tan sensible
y como tiene esos nervios,
con solo ver un raton,
con oír hablar de muertos,

con que un mosquito la pique,
ó cosa así, en el momento
empieza á hacer mil visages,
contorsiones y aspavientos;
de modo que es menester
darle eter y hacerle fresco,
sin otras veces, que es fuerza
aplicarle mas remedios.

LUIS.

¿Y le hacen efecto?

DOÑA MARÍA.

Sí.

LUIS.

Al cabo siempre es consuelo.

DOÑA MARÍA.

Todo en fin está ya dicho,

con que sepan que tenemos
tres ó cuatro convulsiones
el dia que matan perros.

ADELA.

Es mucha pension.

LUIS.

Sí, mucha.

DOÑA MARÍA.

No tiene un instante bueno.

FERMIN.

¡Oh! Para esto de sensibles

las francesas. En Burdeos
me sucedió una aventura
que prueba á cuantos escesos
su imaginacion ardiente
las arrastra. Este es el hecho.
Estaba yo cierto dia
vistiéndome en mi aposento
cuando me pasan recado
de que uno con gran secreto
me buscaba, le hago entrar,
y sorprendido me quedo
viendo en el tal, un criado
de librea y muy bien puesto.
Le pregunto que me quiere,
y él, despues de cien misterios,
una carta me entregó
y se fué. La abro, la leo;
mas ¡cuál fue mi admiracion!
al encontrar que el sugeto
que escribia, era una dama
del gran tono en aquel pueblo,
hija de padres muy nobles
y muy ricos; por supuesto
gentes de coches, landó,
gran mesa, tertulia y juego,
en fin soberbio partido.
Y que á mas de todo eso,

era muy bella y tenia
 pelo rubio, hermoso cuerpo,
 tocaba el arpa, el piano,
 otra porcion de instrumentos,
 bailaba con mucha gracia,
 (el rigodon por supuesto),
 y todo por este estilo.

Mas lo estraño del suceso
 es que solo la habia visto
 dos veces en el paseo;
 sí noté me habia mirado,
 pero nunca hice alto en ello.

En fin, su esuela decia
 que la causa de este yerro
 era haberse enamorado
 de mi, que creyó primero
 poder domar su pasion;
 mas que ya el único medio
 era, ó mi correspondencia
 ó la muerte. En tal estremo
 le contesté que mirase
 por sí misma, que el afecto
 no se manda, y la pedia
 renunciase á su proyecto.

Luis.

¡Qué crueldad!

FERMIN.

Luis, yo á nadie
solo por lástima quiero.

Mas escucha el fin del lance.

ADELA.

¡Podrá darse hombre mas necio! (*Ap.*)

FERMIN.

Al cabo de algunos dias
supe que del sentimiento
estaba enferma y muy grave;
por mas que hicieron remedios,
por mas que de Mompeller
cuatro doctores trajeron;
en fin, por mas que gastaron
al cabo de mes y medio
murió la pobre.

LUIS.

¡Murió!

DOÑA MARÍA.

¡Hombre!

ADELA.

¿Mas cómo?

FERMIN.

Muriendo.

ADELA.

Mire usted no fuera engaño.

FERMIN.

Si yo mismo ví el entierro.

LUIS.

Dígote Fermin, que en Francia
tienen un modo estupendo
de querer.

FERMIN.

En todo el norte

suelen morir de celos
ó de amor, con la frecuencia
que por acá morir vemos
todos los dias de asma,
calentura, ó mal de pecho.
Allí una muger se ahorca
ó se atraca de veneno
con la frescura del mundo
por lo que aquí importa un bledo.
¿Cada dia no nos cuentan
los papeles éstrangeros
cien mil tragedias de amor?
¿Por ventura no sabemos
que en el Tamesis y el Sena
se encuentran cada momento
cadáveres á montones,
víctimas de su despecho?

ADELA.

Ay Fermin, no siga usted

que me da horror.

LUIS.

Es muy cierto.

Ya que por dicha de España
aun en moda no se ha puesto
ahogarse en el Guadalete;
y ya que gracias al cielo,
suele ser nuestro amor mas
y nuestra apariencia menos;
no recuerdes infortunios
que á todo corazon tierno
deben contristar.

FERMIN.

Pues sea,

y de otra aventura hablemos.

Cuando yo estuve en Moscow.....

LUIS.

¡Jesus María, y qué lejos!

FERMIN.

Hombre calla.

ESCENA VII.^a

Dichos y don Judas.

D. JUDAS.

Buenos dias

señoras.

FERMIN.

Se acabó el cuento.

D. JUDAS.

Luis. (*Se abrazan.*)

LUIS.

Tio.

D. JUDAS.

Dame un abrazo.

LUIS.

Si señor, aunque sean ciento.

D. JUDAS.

¡Válgame Dios, mi Luis,

que gordo estás, y que bueno!

A Dios señor don Fermin.

FERMIN.

Don Judas, servidor vuestro.

LUIS.

¿Quién avisó á usted?

D. JUDAS.

Perico,

casualmente llegó á tiempo
que estaba parado enfrente
del pabellon de ingenieros
viendo ese buque que entra
de la Habana.

FERMIN.

(*Estamos frescos.*) (*Aparte.*)

:

DOÑA MARÍA.

¿Ese barco....?

D. JUDAS.

Buenos pies,
fino, limpio de aparejo;
¿pero y qué? Si tiene guinda
para un navío lo menos
de ochenta y cuatro.

FERMIN.

(Ya escampa, (*Aparte.*)
nos cayó de medio á medio
la lotería).

DOÑA MARÍA.

Don Judas, si á mí no me importa eso.

D. JUDAS.

Es que creí.....

DOÑA MARÍA.

Mal creído.

Lo que yo saber deseo
es sí trae correspondencia.

D. JUDAS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Porque espero
cartas. ¿Y cómo se llama?

D. JUDAS.

El bergantin Fariseo.

DOÑA MARÍA.

¡Jesus, que nombre tan raro!

D. JUDAS.

Como otro, ni mas ni menos.

Pues señor como decia,
en el instante en que Pedro
se puso á la voz, y supe
de tu llegada el suceso,
viré al punto por redondo,
y largando el aparejo
atraqué el vote á esta casa
donde por dicha te veo.

DOÑA MARÍA.

¿Pero por qué habla usted siempre
de modo que nos quedemos
en ayunas?

D. JUDAS.

¿Yo señora?

¿Pues acaso es esto griego?

ADELA.

¿No lo ha de ser? Si señor;
vea usted yo que me mareo
de ir al muelle, y del marisco
ni aun sufrir el olor puedo.

D. JUDAS.

Pues muchas conozco yo
de estómago tan diverso,

que en vez de agua de colonia
se echan brea en el pañuelo.

ADELA.

¡Ave María!

DON JUDAS.

Lo dicho.

¿Mas dime Luis, del Puerto
cuándo saliste?

LUIS,

A las doce.

D. JUDAS.

¿Y por mar?

LUIS,

Por mar.

D. JUDAS.

Mal hecho,

que hoy es el viage muy largo.

LUIS.

Una hora.

D. JUDAS.

¡Hombre estás lelo!

Pues si es sur cuarta al sudoeste.

FERMIN.

¿Mas él que entiende de vientos?

LUIS.

Asi es.

D. JUDAS.

¿Y en qué demonios
has empleado tu tiempo?
¡Vaya que hoy día en España
no hay estudios de provecho!
Y mucha universidad,
mucho latin, mucho griego,
muchísimas tonterías,
y salen de sus colegios
los jóvenes muy ufanos,
sin saber. ¡Qué! ni por pienso,
mandar una maniobra,
ni arreglar un aparejo;
en fin, nada de sustancia.
Y porque vean no miento,
sepan que no há mucho en Cádiz,
tuvo valor un sugeto
de ignorar que era Relinga.

LUIS.

Y se quedaria tan fresco.

DOÑA MARÍA.

Cállese por Dios, don Judas,
que estoy hasta los cabellos
de la mar, de los navíos,
y de oír lo que no entiendo.

D. JUDAS.

Pues doblemos esa oja.

¿Mas Adelita, qué es eso?

¿Está usted triste? ¿qué ocurre?

ADELA.

Para mí, nada de bueno.

D. JUDAS.

Me parece que esos ojos.....

LUIS.

Diga usted mas bien luceros,
que aunque hoy los nuble el dolor,
no son así menos bellos.

ADELA.

Aunque la juzgo lisonja,
siendo suya la agradezco.

D. JUDAS.

¿Pero por qué don Fermin
está tan á sotavento
de la niña? ¿Hay temporal?

FERMIN.

Mal humor.

D. JUDAS.

Entonces presto
sube el barómetro.

FERMIN.

No,

como á nadie le intereso
nadie busca el complacerme,
mas ello dirá.

ADELA.

(¡Qué necio!) (*Aparte.*)

D. JUDAS.

¡Ay qué cabeza la mía!

Es verdad: ahora me acuerdo
de que la pobre Paulita
se está yendo á pique. Y esto
que acabo de preguntarle
á su sobrino don Pedro.

DOÑA MARÍA.

¿Y cómo sigue?

D. JUDAS.

Muy mal,

por las noticias que tengo
ya tiene el práctico á bordo.

Doña María, me temo
que tire pieza de leva
esta tarde misma.

ADELA.

Y eso

será malo. ¿No es verdad?

D. JUDAS.

¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA.

Es mucha pena.

D. JUDAS.

Si tal,

pero es ya casco muy viejo.
 El año de ochenta y dos
 la obsequiaba, un tal don Diego
 que se ahogó en una flotante,
 y á los dos años de esto
 se casó con su marido,
 el difunto don Tadeo
 de Berrigori y Arratia,
 que navegó mucho tiempo
 en la nao de Acapulco.
 Era escelente sugeto,
 y como buen vizcaino
 testarudo y marinero.

DOÑA MARÍA.

Así lo dicen, mas yo
 casi nada de él me acuerdo.

D. JUDAS.

¡Cómo! ¿No recuerda usted
 (poco sonado fue el cuento)
 cuando varó en la Milagros
 yendo de aquí á Puerto Belo?

DOÑA MARÍA.

No señor.

D. JUDAS.

Todas las noches
 jugábamos á los cientos
 en casa de un don Hilario,

maestre de la Consuelos,
 que vivia, y por mas señas
 que allí murió, bien me acuerdo,
 medio cable de mi casa;
 aquí en la calle del Puerto
 en la acera de babor
 como quien va ácia paseo;
 y él tambien,....

FERMIN.

¿Pero es posible

que al mismo tema volvemos
 treinta mil veces? Don Judas
 hable usted por Dios le ruego
 de otra cosa.

D. JUDAS.

¿Cómo qué?

FERMIN.

De noticias por ejemplo.

D. JUDAS.

¿Pues hombre, yo de qué hablo?

FERMIN.

No es eso lo que yo quiero.

¿Qué nos cuentan las gacetas?

¿Los papeles extranjeros

que opinan? ¿Qué hay de los turcos?

D. JUDAS.

Yo hace dias que no leó

sino el parte de la torre,
y como allí no habla de eso
vengo solo á sacar de él,
si hay calmazo ó viento fresco.

DOÑA MARÍA.

Y ¿usted ha viajado mucho?

D. JUDAS.

Así, así. Por ejemplo,
no he estado en Lima, ni en Cuba,
ni en Veracruz, ni tan lejos,
porque nunca se ofreció;
pero he ido á Rota y al Puerto
y á la Carraca mil veces,
con levante y con mal tiempo,
que yo en esto de la mar
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS.

(El tio es original). (*Aparte.*)

D. JUDAS.

¡Mas cómo se pasa el tiempo!
las tres ya! ¿Vámonos? (*Mirando el reloj.*)

LUIS.

Vamos.

D. JUDAS.

Sí, que ya es hora que levemos
el ancla. (*Se levantan.*)

DOÑA MARÍA.

Si ustedes gustan.....

D. JUDAS.

Por mi parte lo agradezco.

LUIS.

Nosotros tambien.

FERMIN (*á Adela á media voz.*)

Adela,

sepa usted que no estoy hecho
á esperar á nadie.

ADELA.

¿Y cómo

pude yo remediar eso?

D. JUDAS.

Vamos Fermin.

FERMIN.

Si señor.

LUIS.

(Demos principio al enredo). (*Ap.*)

Quisiera hablar con usted. (*A Adela.*)

¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA.

Juzgo que sí. (*A Luis.*)

D. JUDAS.

Hasta la noche.

FERMIN.

Señoras.....

(46)

LUIS.

A los pies vuestros.

DOÑA MARÍA.

Luisito que usted descanse.

A Dios Fermin.

ADELA.

Hasta luego.

ESCENA VIII.^a

Doña María y Adela.

DOÑA MARÍA.

¡Qué formal es este Luis!
¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA.

Si señora, cada día
es mas amable.

DOÑA MARÍA.

¡Y qué bello
corazon! ¡y qué caudal!
¡Qué mayorazgo tan bueno!
Vaya, cualquier madre en Cádiz
le tomará para yerno
á dos manos.

ADELA.

Ya se vé.

DOÑA MARÍA.

Y como hoy dia está el tiempo

que con tantos camastrones
no hay novios para un remedio.

En fin, tú ya estás segura
de casarte, y sea luego
lo que Dios quiera. El asunto
hecho está; pero confieso
que tengo tan poca fe
aun en las cosas que veo
y toco, que no es posible
confie en gentes de lejos.

Él podrá ser buen muchacho.

Podrá ser rico; mas esto
de no ver yo lo que tiene
es un gran desasosiego.

Y despues como en mi vida
he estado por tierra adentro,
solo sé contar talegas,
no aranzadas ni viñedos.

¿Ni qué puedo entender yo
del cortijo, del apero,
del olivar, de las reses,
y otras mil cosas? ¿Y luego
quién resiste con paciencia
á su lado un llanto eterno?

Lloran, cuando llueve mucho.

Lloran si está el tiempo seco,
 y se quejan del gorgojo,
 y se lastiman del muermo.
 Además, entre estas gentes,
 se está siempre con el credo,
 como dicen, en la boca;
 pues cuando se espera menos
 el granizo ó la langosta
 le dejan al novio en cueros.

ADELA.

Es verdad, mamá, y despues
 que aun ignoramos su genio,
 ni cómo piensa, si es hábil,
 si es tonto, bonito ó feo.
 En fin, estamos á ciegas
 todavia.

DOÑA MARÍA.

Pues por eso
 quisiera yo que si acaso
 se presentase un sugeto
 que nos tuviese mas cuenta.....
 Es decir, que fuera bueno
 dejar que ruede la bola
 mas, sin descubrir el cuerpo.
 Ya ves tú. ¿Yo qué interés
 pudiera tener en ello
 sino tu felicidad?

¡Con qué gusto, por ejemplo,
 viera yo á tu lado un joven
 como Luis! ¡y qué sabemos?
 él es hombre, y es seguro
 que los novios se hacen de ellos.

ADELA.

Mas tal vez no piensa en mí.

DOÑA MARIA.

Podrá ser: pero yo tengo
 acá mi sospecha, y juzgo
 que acaso no está muy lejos
 de caer. En todo trance
 y á mal dar, siempre tenemos
 el recurso del de allá,
 que aunque sea un majadero
 al fin se casa.

ADELA.

Seguro.

DOÑA MARIA.

Ese es el item del pleito.

Fermin creí yo algun dia
 que valiera para yerno;
 pero es tan vano el muchacho,
 tan presumido en extremo,
 que á falta de otro mejor
 solamente fuera bueno.

ADELA.

Si señora, es muypreciado
de sí mismo.

DOÑA MARIA.

Pues, volviendo
á Luis, sabes que fuera
un brillante casamiento
para cualquiera muchacha.
Su casa es de caballeros,
de sangre azul, es maestrante,
y por el lado materno
tiene una vara en Osuna.
Mas no pretendo por esto
que el ser noble sea lo mas,
y el ser rico sea lo menos,
antes bien, para escoger,
á lo segundo me atengo,
que ni nadie aplaca el hambre
con lo que comió su abuelo,
ni nunca una ejecutoria
dió caldo á ningun puchero.

ADELA.

Pero aquí hay de todo.

DOÑA MARIA.

Sí,

en eso mismo convengo;
él tiene sus posesiones,

y aunque hoy, con los malos tiempos,
anda el oro por las nubes
y la gente por los suelos,
su caudal está muy sano,
ni hay deudas, ni tiene pleitos,
ni goteras en sus casas,
ni ha tomado un real á premio;
paga sus contribuciones
y satisface los censos,
y despues.....

ADELA.

¿Pero mamá,
de dónde sabe usted eso?

DOÑA MARIA.

Toma, de qué lo pregunto.

ADELA.

¿Mas señora, y con qué objeto?

DOÑA MARIA.

Con varios. Primeramente,
por el gusto de saberlo,
que en ser curiosa, no hago
mas que demostrar mi sexo:
y despues porque interesa
conocer bien el terreno
que se pisa, y esto siempre
hace mucho al caso. Tengo
una hija: los partidos

:

ni son muchos, ni son buenos:
 hay maulas en abundancia,
 hay muchísimo embustero,
 y no es un moco de pavo
 el casarse. Este es el cuento.
 Porque hay mucha diferencia
 de andar, como dice el pueblo,
 siempre á la cuarta pregunta;
 á gastar lujo, aderezos,
 palco, trages, figurines,
 en fin, á tener dinero,
 que es quien hace el caldo gordo,
 y es moda de todo tiempo.
 Aquesto es lo que interesa,
 y de figura no hablemos,
 porque hija, el no tener,
 al mismo Apolo hace feo.

ESCENA IX.^a

Dichas é Inés.

INÉS.

Señoras, si ustedes gustan.

Ya está la sopa.

DOÑA MARIA.

Me alegro;

porque con la enfermedad

llevo una vida de perros:
vean ustedes, hoy es martes
y aun no he empezado el correo.

ADELA.

Cualquiera que á usted la oyese
juzgara, con fundamento,
que era acaso algun ministro.

DOÑA MARIA.

Pues son cuatro letras; pero
como tengo ya mal pulso,
hago letrones tan feos,
que en entender lo que escribo
se me va lo mas del tiempo.
Ya hasta despues de la siesta
¿quién ha de escribir? Por eso
me llamarás hoy temprano.
¿Entiendes, Inés?

INÉS.

Entiendo.

DOÑA MARIA.

Vamos, niña. (*Vase.*)

ESCENA X.^a

Adela é Inés.

ADELA.

Oye. Despues

tengo que hablarte en secreto
sobre un asunto.

INÉS.

¿Hay acaso
en campaña moro nuevo?

ADELA.

Juzgo que sí.

INÉS.

¿Pues, y el otro?

ADELA.

Para todo hay su remedio
en este mundo. A la tarde
te instruiré de mi proyecto,
y contando con tu auxilio,
grandes cosas me prometo.

INÉS.

Cuente usted conmigo siempre,
que soy criada, y con esto
digo todo.

ADELA.

Está entendido.

¿Vamos?

(*Vase.*)

INÉS.

Vamos. (¡Cuánto enredo!)
(No sé quienes son peores,
si son ellas ó son ellos.)



ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

Adela é Inés.

ADELA.

¿Inés, aun duerme mamá?

INÉS.

Señorita, la he llamado

pero no se ha levantado,

ADELA.

Pues entonces tardará
en venir. Sabes que hoy tiene
correo, que en ella es obra,
y así habrá tiempo de sobra
para hablar lo que conviene.
En fin, con ansia deseo
hacerte una confianza.

INÉS.

Hágala usted sin tardanza,
que yo sé cual es mi empleo

en estas cosas de amores,
y á Dios gracias, hasta aquí
sabe usted bien que cumplí
con mis deberes.

ADELA.

Favores

que me forzarán, Inés,
á espresarme sin disfraz,
aunque no fueses capaz
de ayudarme. Oyemé pues.
Difícil fuera en verdad
que pudiese mi esperiencia
trocar de amor la apariencia
con la pura realidad.
Así juzgo no me engaño
en una nueva conquista
que hoy dia tengo á la vista.

INÉS.

¡Señorita!

ADELA.

¿Y es extraño?

INÉS.

¿Mas quién?

ADELA.

Luis.

INÉS.

Para bien sea.

ADELA.

Es amable, es instruido,
buen amante y buen partido.

INÉS.

Yo tengo diversa idea,
y en los negocios de amor
quiero, mas que un sabio, un tonto;
porque la pega mas pronto
el que parece mejor.

ADELA.

Aquesa Inés es patraña
que á una muger no disculpa,
pues echa al hombre la culpa
cuando á si propia se engaña.
Tema en buen hora la necia
la ficcion que en hombres cabe,
mas la que su idioma sabe
los escucha y los desprecia.
Finjase un amante, esclavo;
vano será su mentir,
que aunque ellos saben fingir,
no es ese leon tan bravo.
Y no merece aun el nombre
de muger, ni tal se crea,
la que en el mundo se vea
engañada por un hombre.
Dionos la naturaleza

mil dones en esta parte,
 gracias, atractivos, arte,
 el talento y la belleza.
 Dionos la aparente infancia
 que nuestro imperio asegura,
 y en el amor, la ternura
 á la par que la inconstancia;
 nos dió impune libertad
 de castigar, sin ofensa,
 y puso nuestra defensa
 en nuestra debilidad.

Y queriendo á tal poder
 dar por fin su complemento,
 nos dió tambien fingimiento,
 primer don de la muger.
 Con las armas que te muestro
 de esos tontos no te asombres.

INÉS.

Pero no todos los hombres
 se dejan llevar del diestro.
 Algunos conozco yo
 que no los puede domar
 ni el diablo.

ADELA.

Es particular:
 sin duda poco aprendió
 su dama; pues el amante

mas altivo, y de manías
mas raras, en pocos dias
se hace mas blando que un guante.

INÉS.

¿Mas cómo?

ADELA.

Muy fácilmente.

Muestre al verse pretendida
cierta timidez fingida,
cierta modestia aparente.

Hable poco, que es muy sabio
el silencio en la muger,
y para darse á entender
donde hay ojos sobra el labio.

Su mirar lánguido, amante,
consulte con el espejo,
y en él hallará consejo
para hacerse interesante.

Ceda pronto, sin temor
de atraerse sus desprecios;
pues son los hombres tan necios,

tan vanos, que ven amor
donde no ven repugnancia,

y en sus castillos al aire,
á veces, hasta un desaire
lo convierten en sustancia.

Así finja sin cuidado,

segura de ser creida,
una aficion decidida,
un amor desatinado;
pues aunque cualquiera estraña
pasion que tan presto llega,
el amor propio los ciega,
y el orgullo los engaña.
Finja salud quebrantada,
que es bueno en toda ocasion
tener siempre á prevencion
una enfermedad guardada.
Ni jamas una muger
por aqueste extremo pecca,
antes bien una jaqueca
suele milagros hacer.
No se muestre á su amador
con aire desaliñado,
pues el corsé y el peinado
son alimentos de amor;
y si á interesar aspira,
no olvide es cosa probada
que ni aun la verdad agrada
sino parece mentira.
En fin, cuando entre en su idea
mudar de objeto y de plan,
no cuide del que dirán,
antes bien el modo vea

de dar al asunto un corte,
y al presentarse un segundo,
con la frescura del mundo
se da al otro pasaporte.

Con estos datos presentes
podrás numerar sin penas
las conquistas por docenas,
por cientos los pretendientes:
y dejemos que hable el necio
y que coquetas nos llame;
pues por mas que al cielo clame
solo halla mofa y desprecio.

Esta es mi opinion, Inés,
y con ella bien me va.

INÉS.

Señorita, así será;

mas ¿y si ocurre despues
no peder en la ocasion
mostrar esa maestria?

ADELA.

¿Pues qué muger en el dia
no finge una convulsion?

¿Quién de colores no muda
cuando el caso lo requiere?

¿Quién no llora cuando quiere?

Y en fin, ¿quién de un arte duda
que tantos triunfos ofrece

á la que sabe fingir?

INÉS.

Yo no dudo: esto es decir
solo lo que me parece.
Pero sepamos en fin
ese plan que usted idea.
¿Engañar á ambos desca,
ó dejar á don Fermin?

ADELA.

Hasta ahora solo quiero,
si Luis me ofrece su fe,
dar á sus proyectos pie
por varias causas. Primero,
por vengar mi propio ultrage,
y dando á ese tonto celos,
que ponga el grito en los cielos
de vergüenza y de corage.
Y despues porque hace dias
que sigo este galantéo,
y á fe mia ya deseo
dar añ diablo las manías
de aqueste fatuo importuno.
A mas que prestigio y fama
pierde en el mundo una dama
si la ven un mes con uno.

INÉS.

¡Un mes! ¡Vaya! Dame risa.

¿Y es tanto tiempo?

ADELA.

No hay duda.

En el dia Inés se muda
de amor como de camisa.

INÉS.

¿Y usted le amaré?

ADELA.

¡Quién! ¡Yo!

Ni amé ni amar nunca espero;
pues aunque finjo que quiero,
lo que es querer, eso nó.

Busque amorosa cadena
la necia ó la confiada:
mientras yo que escarmentada
estoy en cabeza agena
los detesto.

INÉS.

¡Guarda Pablo!

ADELA.

Nada he dicho que te asombre.

INÉS.

¿Pero por qué?

ADELA.

Porque un hombre

es, en miniatura un diablo.

Esa aparente virtud,

esa honradez que pretende,
son redes que astuto tiende
á la incauta juventud.

No escrupuliza el malvado
de engañar y de fingir,
pues entre ellos el mentir
ni aun se tiene por pecado,
y como tambien hoy dia
en el cariño hay sus modas,
el no enamorar á todas
lo juzgan descortesía.

INÉS.

¿Mas no hay muchos que dan palo
y se casan?

ADELA.

En amor

casarse no es lo mejor,
solo sí es lo menos malo.
Quien el matrimonio abraza,
prepare resignacion,
no sea que ~~per~~ melon
se encuentre con calabaza.

INÉS.

Pues volviendo al nuevo amante,
á don Luis, saber deseo
que he de hacer, cual es mi empleo.

ADELA.

A eso voy. Oye un instante.

Puesto que en la misma casa
viven los tres, he juzgado
que Perico, ese criado
de don Judas, cuanto pasa
ha de saber, y conviene
ponerle de nuestra parte
con el disimulo y arte
propios de quien naguas tiene.
Sonsácale, mas de modo
que nada llegue á entender.

INÉS.

Tal encargo á una muger
es ocioso. Quedo en todo,
pues, aunque gran marrullero,
es criado, y como tal
en tratando de hablar mal
que se desemboce infiero.

Mas suspendamos la junta (*Mira á la
puerta*).
que es don Luis.

ADELA.

Ya lo sé.

INÉS.

¿Señorita, y yo qué haré?

¿Me voy?

ADELA.

¿Pues quién tal pregunta? (*Vase Inés*).

ESCENA II.^a

Adela y Luis. (Sientase Adela).

LUIS.

Adela á los pies de usted.

¿Cómo vá? ¿se han serenado
ya esos ojos?

ADELA.

No señor.

LUIS.

Mas el afligirse tanto
repare es perjudicial
á su salud.

ADELA.

Ni un bocado
he podido probar hoy.
Hasta el agua me hace daño
en teniendo yo un pesar.

LUIS.

¿Por qué no se acuesta un rato
y duerme?

ADELA.

Tal pretendí;
pero no pude lograrlo

por mas que hice. En este mundo
 á nadie faltan cuidados,
 y mas á quien por desgracia,
 es sensible.

LUIS.

(Para el diablo
 que se fiara de tí). (Aparte).

Yo juzgo muy al contrario
 incomparable fortuna,
 poseer en alto grado
 aquese don, que del bruto
 distingue al género humano.
 Si en la sensibilidad
 tal vez pesares hallamos,
 si ella de nuestras pasiones
 es el poderoso lazo;
 tambien por ella existimos,
 tambien por ella gozamos,
 y en fin, sin ella el amor
 fuera solo un nombre vano.

ADELA.

¡Ah!

LUIS.

¡Qué es esto! ¿Usted suspira
 al nombre de amor? ¿Acaso
 conoció usted su poder?
 ¡Ay bella Adelita! Cuantos

:

recelos ese suspiro,
despierta en mí. Mas si un lazo
anterior vuestra alma liga:
si su corazon mas grato
fue á la llama de otro amante;
no lo ignore yo. Abrumado
de pesares, de tristezas,
aun puede tal vez la mano
del tiempo y la reflexion
curar la llaga, que el dardo
del amor abrió en mi pecho;
mas si cediendo al encanto
de tantas gracias, yo mismo
doy alimento á mi daño:
si una esperanza fomento
de bienes imaginarios
que solo fingen los sueños
de una pasion ¡cuán en vano
arrancar querré algun dia
de mi corazon, el caro
objeto de mis suspiros!
¡Qué momentos tan amargos
envenenarán mi vida!
¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto
otro mas feliz disfruta
de ese cariño! ¡Y yo acaso
podré verlo sin morir!

ADELA.

¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado
está usted! ¡Pero yo..... cómo!
¿Será posible?

LUIS.

Sí. En vano
tan doloroso secreto
quiere ya ocultar mi labio.
Harto disimular pudo.
Harto tiempo mis quebrantos,
mis celos, mis sinsabores
supe devorar callando.
Sí adorable y bella Adela,
no lo dude usted, yo la amo,
y este amor, que eternamente
debiera estar encerrado
dentro de mí, ya en su furia
rompió del deber los lazos.
No ignoro los compromisos
que la ligan á un cercano
pariente, y por consecuencia
sé que amándola á usted falto
á mis deberes; he aquí
de este silencio que extraño
puede parecer la causa.
Mas fuego mal apagado
basta á encenderle una chispa.

Así fue en efecto; el rayo
que vuestros divinos ojos
hoy á mi pecho lanzaron
me hizo ver que amor y celos
reprimirlos es en vano.

Usted tan solo, á mí mismo
me volverá, un desengaño
sea á mis males remedio
cruel, pero necesario.

¿Ni aun de tal favor soy digno? (*Silencio*)
¿Cuál mi falta fue?

ADELA.

¡Ah! Si en algo
aprecia usted con efecto
á esta Adela, no el quebranto,
no el pesar, con sus palabras
siembre en su pecho angustiado.
No, sin oír, la condene;
y pues este involuntario
accidente, de mi afecto
os dió ya indicios tan claros,
oiga usted todo. Mas antes
le exijo como hombre honrado
y caballero el secreto
de esta confianza.

LUIS.

¿Acaso

pudiera negarme á ello?

Sí, hermosa jóven, por cuanto
mas en este mundo aprecio
os prometo que guardado
siempre estará.

ADELA.

Bien lo creo.

(Ya cayó este pez, finjamos). (*Aparte.*)

LUIS.

(Para ser la vez primera
no miento de lo mas malo). (*Aparte.*)

ADELA.

En vano los grillos
de la autoridad
á un amante pecho
quieren sujetar.
En vano lo intentan,
que la voluntad
cuanto mas ligada
mas se muestra audaz.
Ni halagos, ni iras
consiguen jamas
que ceda ó que tiemble
la que sabe amar.
Aquesto os recuerdo
porque, si en mi mal,
á un forzado lazo

consentí, no habrá
 poder en la tierra
 que un nudo fatal
 hoy aborrecido,
 me fuerce á aceptar.
 ¿Ni cómo dar puedo
 un alma que ya
 es de quien la supo
 mejor conquistar?
 Bien sé que una dama
 no debe mostrar
 su inocente afecto,
 su amoroso afan;
 mas cuando á mi cuello
 se acerca el dogal
 que á eterno martirio
 me ha de sujetar,
 de vanos respetos
 no es el tiempo ya.
 Perdonad si acaso
 fui iagénua demas,
 pues cuando mis penas
 os llego á fiar
 ni sé si hago bien
 ni sé si hago mal.

LUIS.

¿Con qué no es amado?

(73)

ADELA.

No, ni lo será

Luis, yo os lo aseguro.

En mi confiad

pues yo en vos confio;

la tranquilidad

vuelva á nuestro pecho,

y..... ¿Qué quereis mas?

LUIS.

¿Me engañais, mi Adela?

ADELA.

¿Podeis aun dudar?

LUIS.

Sí, que siempre duda

quien ama.

ADELA.

Es verdad,

mas ahora no hay causa.

LUIS.

¿Y en fin, osará

prometerse el alma

remedio á su mal?

¿O tal vez (¡qué dicha!)

al fuego voraz

que mi pecho abrasa

no insensible es ya

mi adorada Adela?

¿Qué decís? Hablad.

ADELA.

¿No hablaron mis ojos?

¿A qué exigir mas?

LUIS.

¿Seré pues dichoso?

ADELA.

Sí, que pues callar
el alma no supo,
en vano será
que reuse el labio
descubrir mi mal.

LUIS.

¿Y me amaréis siempre?

ADELA.

Eterno será
mi afecto.

LUIS.

¿De veras?

ADELA.

No engañé jamas.

ESCENA III.^a

Dichos y Fermin.

FERMIN.

¡Caramba! ¿Qué es lo que veo! (*Ap.
sorprendido.*)

ADELA.

Don Fermin.....

FERMIN.

¡Válgame Dios! (*Aparte.*)

ADELA.

¿Si habrá oído.....? (*A Luis.*)

LUIS.

¿No lo creo? (*A Adela.*)

ADELA.

¿Qué teneis, saber deseo? (*A Fermin.*)

FERMIN.

(Y estaban solos los dos.) (*Ap.*)

LUIS.

¿Estás mudo?

ADELA.

(Ya dió lumbre.) (*Ap.*)

FERMIN.

Me duele algo la cabeza.

ADELA.

¿Es alguna pesadumbre?

FERMIN.

Jamas tuve por costumbre

dar mérito á una simpleza.

ADELA.

¿A una simpleza?

FERMIN.

Sí, á fe.

ADELA.

Difícil es lo comprenda.

LUIS.

(Que está picado se ve.) (Ap.)

FERMIN.

Pues lo que me dijo sé,
y entiéndame quien me entienda.

ADELA.

Vamos, en lo impertinente
bien se echa de ver su mal;
pero advierta que es prudente
no tomar mucho relente;
porque el tiempo está fatal.

FERMIN.

¿Es consejo?

ADELA.

No, conseja.

FERMIN.

Ya pasé yo de esa edad.

LUIS.

(De divertirme no deja.) (Ap.)

ADELA.

Nunca una persona es vieja
para escuchar la verdad.
¿En fin, qué es lo que ha pasado?
¿No logró usted sus deseos?

FERMIN.

Jamas me ví despreciado.

ADELA.

¿O acaso ha resucitado
la que se murió en Burdeos?

FERMIN.

Eso es mi veracidad
poner en duda.

ADELA.

No alcanza
á tanto mi necesidad;
mas juzgué que la amistad
es disculpa de una chanza.

ESCENA IV.^a

Dichos y doña María.

DOÑA MARIA.

Señores.....

LUIS.

A vuestros pies
señora.

FERMIN.

Lo mismo digo.

DOÑA MARIA.

¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?
¿Cómo tan favorecidos

nos tiene usted?

LUIS.

Al contrario,
yo soy quien me juzgo indigno
de los favores que siempre
me dispensó su cariño.

DOÑA MARIA.

Bien sabe usted que le quiero
como si fuese hijo mio.

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Miren tambien
la buena señora.) *(Aparte.)*

DOÑA MARIA.

Amigo,

las noticias de mí enferma
son fatales: ahora mismo
me han enviado á decir
que la dan sudores frios,
y unos dolores de flato
que la tienen en un grito.

LUIS.

¡Pobre señora!

DOÑA MARIA.

Y que un mal
es siempre mucho estravio

para una casa. Parece que no es nada el sinapismo, la cataplasma, el reparo con la triaca y el vino, y el puchero que se rompe; pues siempre hace desavio, aunque lo haya, sin contar la muger siempre al lebrillo para aquello que se empuerca, y la ayuda, y..... Pues no digo nada de las medicinas.

No pondero, mas sí afirmo que en la tal enfermedad se han gastado, y no me admiro, mas pesos en el ruibarbo que minutos tiene un siglo.

LUIS.

¡Jesus señora!

DOÑA MARIA.

Si es mucho lo que ha tomado ese pico.

FERMIN.

(¡Que charlar!) (Ap.)

DOÑA MARIA.

Vamos Adela, aviate, que es preciso ir allá al momento.

ADELA.

Voy.

DOÑA MARIA.

No te mudes de vestido,
sino ponte la mantilla
de cualquier modo.

ADELA.

¿Y los rizos
he de arreglarlos?

DOÑA MARIA.

¿A qué?

ADELA.

Como estan ya tan caidos.

DOÑA MARIA.

Para la gente que habrá.

Oye, dí á Inés, que yo digo *(va y vuelve
que venga acá. ve Adela.)*

ADELA.

Está muy bien.

DOÑA MARIA.

Ah, dí tambien..... *(Ad. va y vuelve.)*

ADELA.

¿Qué?

DOÑA MARIA.

De frio

yo no sé como estaremos.

V ADELA.

Ni yo.

DOÑA MARÍA.

Y luego paso el signo
con la tirantez de cuerdas.

si á la vuelta no me abrigo.

¿Llevaré la papalina

ó el pañolon de merino?

ADELA.

Lo que usted guste.

DOÑA MARÍA.

Pues bien,

entonces di....

ADELA.

¿Y bien que digo?

DOÑA MARÍA.

¿Qué sé yo?

FERMIN.

(¡Qué pesadez!) (Ap.)

DOÑA MARÍA.

Lo que quieras, ya está dicho.

FERMIN.

(Quien pudiera echarle encima
una rueda de molino.) (Aparte.)

ESCENA V.

Dichos menos Adela.

DOÑA MARÍA.

Es mucha alhaja esta niña.

¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo
corazon! Bien sabe Dios
que lloro como un chiquillo
cuando pienso que algun dia
tal vez deje el lado mio.

En fin, lo que yo deseo
es que encuentre un buen marido
como ella, por ejemplo,
que él será feliz. ¿No digo
bien?

LUIS.

¿Quién lo duda? Adelita
es un ángel, un hechizo.

DOÑA MARÍA.

Yo aunque al fin es cosa propia,
y me está mal el decirlo,
con usted nada aventuro,
es jóven de mucho juicio
y será muy buena esposa.
Bien sé que no es gran partido
porque es pobre; mas quien piensa
como debe, en su cariño

bnsca solo la virtud.

¿No es esto verdad?

LUIS.

Lo mismo

juzgo yo, ni mas ni menos.

FERMIN.

(¡Vaya, que estoy divertido!

¡Que culebra es la mamá!) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

Justamente es lo que digo

yo. Aun cuando por otra parte,

tambien hay mérito mio.

Yo le dí una educacion

como dan á pocos hijos

sus padres. Ella de lenguas,

ella de cortar vestidos,

pone la pluma muy bien,

ella peinar, hacer rizos,

y tambien alguna cosa

de respunte y dobladillo,

porque quise que hasta de eso

aprendiera. Es el avio

de cualquiera casa.

FERMIN.

¡Oh! para eso

en Francia; allí hasta los niños

de ocho y de diez años saben

:

mas que aquí á los veinte y cinco.
Pero; pues se habla de damas.
¡Qué educacion! ¡Qué distintos
talentos de los de acá!
Eso es público y sabido.
Muger hay allí á los quince
que ha compuesto siete libros
de novelas, que es su fuerte:
y no que aquí, un sobrescrito
apenas saben poner,
ó una carta de amoríos
llena de muchos chapones,
letras á saltos y brincos,
sin chispa de ortografía,
con los renglones torcidos,
y una sarta de dislates
que, vaya, si yo me admiro
como hay tonto que las lea.
Así me dan tal fastidio.
Pero, volviendo al asunto,
á la prueba me remito
de mí propio. Yo llegué
á París, hecho un borrico,
como crian tierra adentro,
los mas de los señoritos:
mi capa, mi calañés,
la chamarra, el cigarrillo,

el aparejo de campo
y apestando á ajos y á vino;
y en trece meses que estuve
largué la cascara, amigo,
de tal modo, que aun por fuera
ya ves si huelo á cortijo.

Es verdad que nunca quise
meterme en los laberintos
de academias y liceos,
porque esos son muchos lios;
pero aunque yo, por ejemplo,
física no haya aprendido
sé bailar el rigodon.

LUIS.

Que para el caso es lo mismo.

FERMIN.

Lo es, en cuanto al aprender.

Y á mas tengo aquel bañito
que.....

ESCENA VI.^a

Dichos Adela é Inés (con el pañolon.)

ADELA.

Mamá, cuando usted guste
vamos.

INÉS.

Señora, me han dicho

que usted me llamaba.

DOÑA MARÍA.

Sí.

Ve luego al tocador mio,
y en el cajon, de esta mano
encontrarás un frasquito
de agua de olor, no hagas caso,
pero en aquel lado mismo
ácia el rincon, junto al peine,
está la carta que he escrito
esta tarde. Haz que la lleven
al correo. ¿Lo has oido?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

¿Con que estás?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Oye. Y si el tio
de don Luis viene (don Judas)
le dirás que hemos salido
con precision, y que así
por hoy, perdone el tresillo.
¿Lo entiendes?

INÉS.

Si señora.

(87)

DOÑA MARÍA.

Cuidado que no haya olvido.

LUIS.

Señoras, si ustedes gustan iremos favorecidos con su compañía.

DOÑA MARÍA.

Si,

con gran placer lo admitimos. (*Fermin va á dar el brazo á Ad.*)

Fermin, deme usted el brazo, porque estos callos malditos me matan.

FERMIN.

¡Yo...! Bien señora. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Pues la suerte lo ha querido, tendré el honor. (*A Adela.*)

ADELA.

Soy la honrada. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Pues es bonito el papel que voy haciendo. (*Ap.*)
Por vida de.....)

DOÑA MARÍA.

Inés, repito
que no abras á nadie.

INÉS.

Bien.

DOÑA MARÍA.

Si llaman, por el postigo
pregunta quien es.

INÉS.

Ya estoy.

(Jesús, y que tabardillo.) (Ap.)

FERMIN.

(¡Yo con madres, santos cielos!) (Ap.)

DOÑA MARÍA.

Con que á Dios. Lo dicho, dicho.
(Vanse.)

INÉS.

Bien lo entiendo

ESCENA VII.^a

INÉS.

Pues, señor,
veremos del laberinto
quien sale. Mi señorita
gusta tanto de esos lios
de amores, que ciertamente

ha de ser hombre corrido
 quien le ponga la ceniza
 en la frente. Yo me admiro
 de ver que hay hombres tan necios,
 tan fatuos, que cuando han visto
 tanto desengaño ageno
 se presten á que lo mismo
 les suceda, ya se ve,
 ese orgullo es tan maldito.
 ¿Pero quién me mete á mi
 en eso? ¿Qué beneficio
 me puede á mi resultar
 de que quien no es novio mio
 sea bueno, ó sea malo,
 sea tonto ó advertido,
 tenga dinero ó no tenga?
 Pues si nada gano, digo
 que en nada quiero mezclarme.
 Gracias á Dios, nunca he sido
 curiosa, aunque soy muger,
 ni se me da tres cominos
 de lo que hacen los demas;
 y así aunque venga Perico
 no le abriré, y de este modo
 me ahorro de enredos. ¿No he dicho
 bien? Ya se ve, que en la renta
 del escusado es delirio

meterse. ¿Pero quién llama? (*Llaman.*)
 ¿Será Pedro? Pues, el mismo. (*Se aso-*
 ¿Le abriré ó no le abriré?..... *ma.*)
 ¡Qué tentacion!..... Y ya há un siglo
 que no me cuenta los chismes
 de su casa y los vecinos.....
 Es verdad que no me importan;
 mas saber no ocupa sitio.....
 y luego mi señorita
 me encargó tanto... Hase visto (*Llaman.*)
 prisa tal..... Yo voy á abrir
 y echense á la mar pelillos. (*Va á abrir.*)

ESCENA VIII.^a

Inés y Pedro.

PEDRO.

¡Jesus muger! ¿dónde estabas
 que me tienes hace un siglo
 echando la puerta abajo?

INÉS.

Los criados han nacido
 para esperar.

PEDRO.

Ciertamente;
 y no fuera bien visto
 que una dama como tú

abandonase el lebrillo
 ó la sartén, para abrir
 á los que llaman ¿No digo
 bien?

INÉS.

Y también. Mas no creas
 que es todo oro, Perico,
 o que en el mundo reluce.
 Por ejemplo, ambos servimos,
 que parece condición
 perversa, y aunque no digo
 yo que es buena, no es mejor
 a de muchos que podridos
 están de pesos. No falta
 el pan, estamos vestidos,
 gozamos la confianza
 de uno y otro señorito,
 y sabemos sus secretos,
 y somos sus.....

PEDRO.

Desatinos.

¿Soy yo acaso como tú?

INÉS.

Vamos, Pedro, que conmigo
 es en vano hacerse pieza.
 Deja esos escrupulillos,
 que entre gentes cual nosotros

no deben ser permitidos,
y cuéntame de tu casa
la novedad. ¿A qué ha sido
el no esperado viage
á esta ciudad del sobrino
de tu amo?

PEDRO.

¿Y yo qué sé?

INÉS.

¿No lo has de saber?

PEDRO.

Te digo, (*Dudando.*)
que.....

INÉS.

Vaya deja simplezas.
¿Acaso tienes motivo
de desconfiar de mí?

PEDRO.

Yo no, mas luego.....

INÉS.

(*Ya es mio.*) (*Aparte.*)

PEDRO.

Como que hasta las paredes
á veces tienen oídos.....

INÉS.

No temas.

(93)

PEDRO.

¿Estamos solos? (*Registrando.*)

INÉS.

¿Tambien esa? Sí, Perico.

Habla por Dios ó rebiento.

PEDRO.

Ya tú sabes que ha venido (*Con misterio.*)
mi amo.

INÉS.

Lo sé. Adelante.

PEDRO.

Y, ó me engaño, ó el motivo
de su viage, es asunto
de grande entidad.

INÉS.

Lo mismo
pienso yo, ni mas ni menos.

PEDRO.

Pues.

INÉS.

¿Pero cuál? Vamos, dilo.

PEDRO.

Eso es lo que yo no sé.

INÉS.

Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO.

De modo es y de manera

que si hoy no lo sé; no afirmo
yo que mañana.....

INÉS.

Pues eso
es lo que importa. Advertido
ya de todo, será facil
aprovechar un descuido
de don Luis. Un criado
de confianza; á su arbitrio
tiene las llaves del amo,
y en haciéndole un registro,
y en leyendo cuatro cartas,
cátate al punto instruido
de todo. ¿No será mengua
que un hombre á quien los colmillos
le han salido en la cocina,
que es en este mundo el sitio
donde mas se aprende, ignore
lo que piensa el señorito?
vaya que fuera vergüenza.
Así mira que confio
en tu maña, y si ocurriere
algo de nuevo, el aviso
me darás al punto.

PEDRO.

El caso
es que don Luis ha traído

otro criado de allá.

INÉS.

¿Y qué tal?

PEDRO.

El mas ladino
que ha salido de Madrid.

INÉS.

La manzanilla y el tinto
contra empacho de secretos
son el mejor vomitivo.

PEDRO.

Como uno no está enterado
en si allá.....

INÉS.

¿Qué desatino!

Si en Madrid con Valdepeñas
suelen despechar los niños.

PEDRO.

Entonces voy á buscarle.

INÉS.

Pues á la taberna y chito
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO.

Entiendo. (Cumplí mi oficio.
Ahora á dar cuenta á don Luis) (*Ap.*)
Con que á Dios.

((96))

INÉS.

A Dios Perico.

PEDRO.

¡Jesus! Ya se me olvidaba. (*Va y vuelve.*)
Me encargó mi amo (el tio) *ve.*
viniese á saber si salen
tus señoras.

INÉS.

Bien lo has visto,
salieron ya. ¿Y á qué viene
esa pregunta?

PEDRO.

Imagino

será para no venir
si esta noche no hay tresillo.

INÉS.

Es verdad.

PEDRO.

Pues hazte cuenta
que me iba ya sin decirlo,
cuando esto solo me trajo
aquí.

INÉS.

¿Sabes que es bonito
tu modo de hacer encargos?
Si así cumples con los míos
dígotte Pedro.....

PEDRO.

Eso no.

Bien sabes tú que contigo
nunca me faltó memoria.

INÉS.

¿Y voluntad?

PEDRO.

No lo afirmo.

INÉS.

¡Jesus que poco galan!

PEDRO.

¿Pues el mentir no es delito?

INÉS.

Con quien tiene naguas, no.

PEDRO.

Me alegro haberlo sabido.

En fin, yo prometo verte
bastante pronto.

INÉS.

¿Confío?

PEDRO.

Por la fe de caballero.

INÉS.

No me hace gran fuerza, amigo,
que los plebeyos no tienen
mas fe que la de bautismo.

PEDRO.

... De 5

Pues yo te juro.....

INÉS.

Tampoco

los juramentos admito
que saben jurar en falso
hoy dia, hasta los chiquillos.

PEDRO.

Por el alma de mi abuela.....

INÉS.

Hombre, calla, no seas niño.

¿Le dirás verdad á un muerto
cuando engañas á los vivos?
En fin, no pierdas mas tiempo,
que harto quizá, hemos perdido
en charlar.

PEDRO.

Si eres muger.

INÉS.

Tú criado que es lo mismo.

¿Con qué hasta luego?

PEDRO.

Hasta luego. (*Vase.*)

INÉS.

(A Dios propósitos míos.) (*Ap.*)



ACTO TERCERO.



ESCENA PRIMERA.

Don Judas y don Luis, éste leyendo una carta.

D. JUDAS.

¿Y bien? ya estamos aquí.
¿Se podrá saber la causa
de haberme con tanta prisa
traído de la muralla
á hora tan intempestiva?

LUIS.

¿Pues las diez de la mañana
es hora acaso.....?

D. JUDAS.

Sí tal,

para venir á una casa
ajena..... Y precisamente
cuando don Bruno Zabala,
sobrecargo de la Cármen,
á leernos empezaba

•

el reglamento propuesto
 del puerto franco. A Dios gracias
 veremos esa bahía
 con cara de gente. ¡Calla!
 ¡Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS.

Ya usted sabe la maraña (*Guarda la
 en que estoy metido? carta.*)

D. JUDAS.

Sí;

pues me la dijiste.

LUIS.

Y tanta
 ha sido en esto mi dicha,
 que aun antes que lo esperaba,
 una imprudencia de Adela
 me ha dado el medio y la traza
 de darles una leccion
 á entrambos: leccion amarga;
 pero forzosa. Del uno
 la presuncion insensata;
 el coquetismo insufrible
 de la otra, no reclaman
 indulgencia en este punto.
 Ni me debe arredrar nada
 cuando evitar me propongo
 no menos que la desgracia

de un primo á quien amo. Así
oiga usted todo.

D. JUDAS.

Ya tardas.

LUIS.

Despues del paso de ayer,
paso que tan mala cara
costó al fingido Fermin,
viendo que mis esperanzas
caminaban á su logro,
juzgué que solo faltaba
remachar del todo el clavo.
Presto resolví: á mi casa
me vuelvo, y fingiendo celos,
á Adela escribo una carta,
que anoche mismo por Pedro
recibió. Allí le mostraba
haber acaso sabido
los lazos que la ligaban
á Fermin, de ella me quejo,
la llamo pérfida, ingrata,
y lo demas que se dice
en tales casos: sus gracias
acusó, y de mi desdicha
me lamento. Ni fue vana,
ni inútil resolucion;
pues esta misma mañana

recibí un billete suyo.

D. JUDAS.

¡Un billete!

LUIS.

Cosa es clara.

El buscar á Inés, tan solo
me trajo aquí, que me importaba
salir pronto de cuidados.

Con efecto, en acechanza
me la encontré ya esperando
el medio de que llegára
á mis manos, que fue facil
sin que usted cayese en nada.

D. JUDAS.

¿Pues sobrino del demonio,
y por hacerme tú.... (¡vaya!)
solo desde allá me traes
hecho un galgo? No está mala
la especie. Si estoy molido;
como que en largando gavias
y poniéndote á la via,
no hay diablos que te den caza.

LUIS.

Calle usted por Dios, señor,
y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUDAS.

Cállo y oigo.

LUIS.

 Mi intencion

ya con esto se lograba.

En su esuela por supuesto
me afirma que fue infundada

la voz de ese compromiso;

y porque no me quedara

duda, dice de Fermin

mil pestes, dos mil infamias:

le tilda de vano y tonto,

de presumido le tacha.

En fin, es tanto y tan malo

que muy mal rato le aguarda

cuando lo sepa.

D. JUDAS.

 ¿Y acaso

lo sabrá?

LUIS.

 ¿Pues no? La carta

debe él mismo ver, y en ella

la prueba evidente y clara

de aquese amor que pondera.

Mas no es prudente que vaya

por mi conducto: un acaso

los inconvenientes salva.

Así pienso que Perico,

valiéndose de su maña,

haga que el otro la vea,
sin que parezca que.....

D. JUDAS.

¡Calla!

con que tambien el buen Pedro
anda metido en la danza.

LUIS.

Si señor, es criado antiguo,
y como tal, una alhaja
para embrollos. Luego es fuerza
hablarle, porque la trama
sigamos todos de acuerdo.

D. JUDAS.

Que no vayamos por lana
y volvamos en bandolas.

LUIS.

Que, no señor.

D. JUDAS.

Dios lo haga.

Mas mira que en estos casos
es precaucion necesaria
llevar la escota en la mano,
y si acaso el viento carga,
arriar al punto el chicote,
que el hacerlo en tiempo es ganga.
En fin sea, pues lo quieres.

LUIS.

¿Pero usted qué teme?

D. JUDAS.

Nada.

Yo en aferrando juanetes
venga mar. Mas en sustancia
¿en esto qué pito toco?

LUIS.

A eso voy. Vuestra embajada
tiene otro objeto. Es forzoso
el que ella por sí deshaga
su compromiso. Además
conviene el darle una causa
poderosa que la obligue
á dejarme. Así se salva
mi propia delicadeza;
así mas claro resalta
el carácter de la niña,
y en fin, así se preparan
humillantes desengaños
para el que tanto fiaba
de sí mismo. Todo aquesto
se conseguirá.

D. JUDAS.

No es nada,

¿y todo lo he de hacer yo?

LUIS.

Muy facilmente: á esta sala
vendrá presto la mamá.
¿No es así?

D. JUDAS.

Ya está avisada.

LUIS.

Pues usted con ella á solas
se quedará, y engañarla
es necesario.

D. JUDAS.

¿Ahora mismo?

LUIS.

Sí. Hacerle una confianza
fingida es golpe seguro.

D. JUDAS.

Ya caigo. ¿Con qué aquí encaja
bien todo lo que ayer noche
me dijiste de la falsa
venida, y de los papeles,
y de.....?

LUIS.

Pues. Mas importaba
tener la prueba en la mano
antes de aventurar nada.
Por eso no me espliqué
entonces mas claro.

D. JUDAS.

¡Vaya!

Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS.

Me voy á seguir la trama;
pues Perico es necesario
aquí venga sin tardanza
é instruya á Adela y á Inés
de todo.

D. JUDAS.

¿Otra confianza?

LUIS.

Sí, mas esta no es fingida,
antes cierta. Pero calla,
ya viene allí la mamá.
Cuenta con que.....

D. JUDAS.

No habrá falta.

LUIS.

Que exija usted el secreto.

D. JUDAS.

¿Y para qué?

LUIS.

Cosa es clara,
porque lo diga mas pronto. (*Vase Luis.*)

D. JUDAS.

Bien, á Dios.

ESCENA II.^a

D. JUDAS.

No me faltaban
á mí mas que estos sobrinos.
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas
traen allá! Como esto dure
doy de quilla. Pero al arma
que aquesta urca enemiga
está ya á tiro de bala.

ESCENA III.^a

Doña María y D. Judas. (Se sientan.)

DOÑA MARIA.

Felices señor don Judas.
Dispense usted mi tardanza.
Ya se vé, con estos males
tenemos tan trastornadas
las horas que.....

D. JUDAS.

Entre personas
que há tanto tiempo se tratan
no debe haber ceremonias.
Por esto, y porque importaba
vine á ver á usted.

(109)

DOÑA MARIA.

¿Pues qué?

¿Hay novedad?

D. JUDAS.

Patarata,

una mano de noroeste
que metemos en el agua
los penoles.

DOÑA MARIA.

¿Y en cristiano

qué significa esa sarta
de nombrachos?

D. JUDAS.

A eso voy.

Mas le exijo la palabra
de que reserve la especie.

DOÑA MARIA.

Por supuesto.

D. JUDAS.

A la muchacha

aunque haya fuerza de vela
no se lo diga usted.

DOÑA MARIA.

Nada.

Sí, pues bonita soy yo
para chismes. En mi casa
jamás hubo un sí ni un nó,

y eso que entonces estaba
 hecha siempre un jubileo.
 Mi Simon, que de Dios haya,
 gustaba mucho de gentes:
 su refresco no faltaba
 por las noches. Es verdad
 que eran tiempos en que andaba
 Dios por el mundo, y cien pesos
 á ninguno le faltaban;
 mas hoy dia, todo, todo,
 viene á menos, ola, y gracias
 quien tiene un pasar.

D. JUDAS.

Señora,

¿me deja usted hablar?

DOÑA MARIA.

¡Vaya!

¿le tapo acaso la boca?

D. JUDAS.

Por fin, atencion y calma.

El caso es que mi sobrino,
 (el novio de la muchacha
 que digamos) de Sevilla
 dió la vela, y por las trazas
 parece hace rumbo á Cádiz.
 Además, en confianza,
 sé tambien cuál es su objeto.

(III)

DOÑA MARIA.

¿Y será?

D. JUDAS.

Estarse á la capa

sin darse á reconocer

ni izar pabellon.

DOÑA MARIA.

¡Estraña

resolucion! ¿Mas por qué?

D. JUDAS.

Porque quiere en acechanza
ponerse. Juzgo le han dicho
no sé que cosas, patrañas
por supuesto, de la chica:
tonterías: verbigracia
que si es coqueta, si funda
su vanidad y su gala
en que cuantos hombres mira
arrian bandera á sus gracias,
que si lleva siempre amantes
al costado. Nada, nada.

DOÑA MARIA.

Malas lenguas que la tienen
envidia.

D. JUDAS.

Cabal.

DOÑA MARIA.

Dejarlas.

Yo sé la hija que tengo,
y sé quien es.

D. JUDAS.

Pues, y basta.

Pero como él en su vida
ni la ha visto, ni la trata,
ni sabe sus propiedades;
ya se vé; teme, y con causa,
hacer avería gruesa
en alta mar. Pues no es nada,
la honrilla. Y los sevillanos
que en siendo de clase y casa
se creen ellos mas altos
que el tope de la giralda.
A mas tambien quiere ver
el cariz de la muchacha,
como es regular, y aunque ella
es linda como una plata,
al fin no es doblon de á ocho
que á todo el mundo le agrada.
Tampoco fuera imposible
que en sus proyectos entrara
ponerle la proa, digo
hacerle el amor.

DOÑA MARÍA.

Ya escampa,

¡Vaya que el tal señorito
por vida mia es alhaja!

D. JUDAS.

Cosas de niño mimado.

Ya ve usted el de su casa
fue el ídolo siempre, vivo,
poca edad, poca sustancia
y barro á mano ¿quién diantres
es capaz de irle á la zaga?

DOÑA MARIA.

¿Y el vinculillo qué tal?

D. JUDAS.

¡Vinculillo! Pues no es nada,
Si ahora con la nueva herencia
es suyo medio Triana.

Y en cuanto á la sangre ¡Ya!
Mas noble que doña Urraca,
es hijo de veinticuatro,
y heredero, que esa vara
¿quién se la quita?

DOÑA MARIA.

¿Tambien?

D. JUDAS.

Pues.

DOÑA MARIA.

¿Y si acaso se encaja
aquí ese señor qué hacemos?
¿Vamos diga usted?

D. JUDAS.

Cachaza.

Por ahora lo que interesa
es dejar que ande la danza,
y quedarnos al socaire
hasta que haya una empopada.

Mas claro: izar la sueca.

¿Me esplico?

DOÑA MARIA.

Sí. (Estoy en brasas.) (*Ap.*)

D. JUDAS.

En cuanto á Adela, no quiero
que sepa ni una palabra,
porque luego habrá soponcios,
convulsion y marejada,
y nervios y.....

DOÑA MARIA.

En todo estoy.

D. JUDAS.

Ademas, porque la trama
mejor se oculte, y la cosa
con mas disimulo vaya,
piensa enviarme al momento

los papeles que hacen falta
 en el caso, como fees
 de bautismo, la palabra
 de casamiento, y en fin,
 que sé yo que enredos y trampas,
 que siempre una boda tiene
 mas cabos que quince jarcias.
 Item mas. Porque en el lazo
 ustedes mas presto caigan
 dirá que, pues sus que hacerés
 por ahora lo separan
 de Adelita, está impaciente
 por verla aunque sea pintada,
 y pedirá su retrato.

DOÑA MARIA.

¡Su retrato! ¡Cosa estraña!

¿Sin mandar el suyo?

D. JUDAS.

No.

Es que de enviarle trata.

DOÑA MARIA.

Aqueso ya es otra cosa;

pero la juzgo bobada;

pues si con efecto es de él

conoceremos su cara,

y entonces se lleva el diablo

las ficciones y las trampas.

:

D. JUDAS.

Cuando él lo envíe, será
 porque ya tendrá saldadas
 esas cuentas, es decir,
 que estará fuera de barra
 sin temer puntas ni bajos,
 y navegando en cien brazas.

DOÑA MARIA.

Bueno es saber todo eso;
 porque hablando en confianza,
 quien de buenas á primeras
 viene pidiendo casaca,
 en el tresillo de novios
 son cinco estuches de entrada,
 que es juego que nadie pierde.

D. JUDAS.

Mas los renunciados se pagan.

DOÑA MARIA.

Ese es el mal. ¿Pero cómo
 tendré yo noticia exacta
 de su venida?

D. JUDAS.

Es muy fácil;
 pues estando ya avisada
 bien podrá usted por la boyá
 conocer donde está el ancla.
 Con que me voy. (*Toma el sombrero.*)

(117)

DOÑA MARIA.

Hasta luego.

D. JUDAS.

¿Y Adela?

DOÑA MARIA.

Si usted la aguarda
vendrá, que fue al tocador.

D. JUDAS.

No. No quiero: estará en banda
todavía, y las mugeres
me gustan aparejadas
aunque soy viejo. Lo dicho. (*Vase.*)

DOÑA MARIA.

Descuide usted.

ESCENA IV.^a

Doña María y despues Inés.

DOÑA MARIA.

Pues no es nada (*Observa si se ha ido.*)
lo que pide. ¡Qué yo calle!
¡Yo que hablo con una estatua!
¡Vamos, vamos, que don Judas
olvidó que tengo naguas.
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!
¡Querer taparle á una dama
nada menos que la boca!

Vaya al diablo el muy bestiaza.
¡Callar! ¿Qué es callar? Inés,
Inés.

INÉS.

Allá voy. (Dentro.)

DOÑA MARIA.

¡Qué calma!

¡Jesus qué peso! Si estoy
por ponerme á la ventana
y contarselo al primero
que pase. ¡Mas cómo tarda!
Mejor será que..... (Se levanta.)

SALE INÉS.

Señora.

¿Qué ha ocurrido?

DOÑA MARIA.

Nada.

INÉS.

¿Nada?

Como gritaba usted tanto.

DOÑA MARIA.

¿Y la niña dónde anda?

INÉS.

Se está vistiendo.

DOÑA MARIA.

Pues dile.....

No le digas. Que yo, yaya

(119)

será mejor.

(*Vase.*)

ESCENA V.^a

INÉS.

Lleve el diablo
si yo entiendo una palabra
de este enredo. ¿A qué vendrán
estos secretos del ama
con su hija? Sabe Dios
que á no hacerme tanta falta
diera un dedo por saberlo
ahora mismo. ¿Y quién aguarda
cinco minutos ó seis
á que el pelmazo se vaya
de la madre? No señor.
La cerradura, á Dios gracias,
está convidando. Así
voy de puntillas y... ¡Calla! (*ve á Pedro.*)
¡Pedro tan pronto! Por cierto
no creí yo.....

ESCENA VI.^a

Inés y Pedro.

PEDRO.

¿Estás en casa?

(120)

INÉS.

Y de ceremonia.

PEDRO.

Ya.

Como esperando embajadas.

INÉS.

Pues dí la tuya, y vivito
marchate, no riña el ama
si ve.....

PEDRO.

No es ella muger
que se asusta de fantasmas
con esa facilidad.

INÉS.

En fin, vamos. ¿Que te tardas?

PEDRO.

Es que estoy viendo si acaso... (*re-*

INÉS. *gistrando.*)

Por Dios, Pedro, que estoy harta
de tus misterios.

PEDRO.

¿No hay nadie
que pueda.....?

INÉS.

Ni gatos. Habla.

PEDRO.

Pues, señor, has de saber

como desde anoche, gracias
á tu consejo, al corriente
estoy de cuanto importaba.
Don Luis tan solo ha venido
á Cádiz con la esperanza
de ver á una señorita
que aquí muy presto se aguarda
de..... no sé donde.

INÉS.

¿De veras?

¿Mas por qué?

PEDRO.

La cosa es clara.

Porque está loco por ella.

INÉS.

¿Con qué la quiere?

PEDRO.

¡Caramba

si la quiere!

INÉS.

Pero acaso

ya no la quiere.

PEDRO.

No es mala

conclusion. Anoche mismo
le escribió, por si llegaba
á buen tiempo, y por mas señas

yo eché al correo la carta.

INÉS.

¿Con sobre á ella?

PEDRO.

Sí.

INÉS.

Luego

tú sabes como se llama.

PEDRO.

Sí lo sé; mas no me acuerdo
de su apellido.

INÉS.

Nos basta.

El caso es que quiere á otra,
y llámese Pepa ó Juana
es lo de menos. ¡Qué tal!
¡El hombre de bien! Ya escampa.
¡El de la formalidad!
¡El juicioso! ¡Qué canalla
son todos! Y dirán luego
de las mugeres? ¿No hay nada
mas?

PEDRO.

¿Y qué mas?

INÉS.

Sí, no es poco.

Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (*Mira
adentro.*)

(123)

PEDRO.

Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?

INÉS.

Es que ya sale mi ama
del cuarto de su Adelita,
y puede ser que.....

PEDRO.

Nó haya
miedo; pues antes que llegue
estoy yo un tiro de bala
de aquí. Con que á Dios.

INÉS.

A Dios.

PEDRO.

(La embrolla no va muy mala.) (*Ap.*)
(*Vase.*)

ESCENA VIIª.

Adela é Inés.

INÉS.

¿Y bien?

ADELA.

¡Lance original!

He sabido en este instante
que debe llegar mi amante
muy presto.

(124)

INÉS.

¡El amante! ¡Cuál?

ADELA.

¡Que pregunta!

INÉS.

¡Y hago mal?

ADELA.

El de Sevilla.

INÉS.

Famosa

idea; mas vuestra prosa
ya es antigua algaravia,
que amante y novio, en el dia
suelen ser distinta cosa.
En fin, forzoso es pensar
que hemos de hacer en tal caso.

ADELA.

Las circunstancias y el caso
son quienes me han de guiar;
aun hay tiempo, y á mal dar
obre el ingenio despues,
y si ayuda el arte, Inés,
sucumbirá la razon,
que si es calva la ocasion
nunca es manco el interes.

INÉS.

Mas antes conviene.....

(125)

ADELA.

Ver

del otro las intenciones
que en estas resoluciones
vale el ardid de muger.
¿Y tú llegaste á saber
algo de don Luis?

INÉS.

Ahora.

ADELA.

¿Y de buena fe enamora?

INÉS.

¿De buena fe? Dios la dé.

ADELA.

¿Mas tú qué supiste?

INÉS.

¿Qué?

Que es como todos, señora,
que no ama, ni por asomo,
que otra es su antiguo cariño,
que ayer le escribió, y que el niño
es maula de tomo y lomo.
Que ya no es dable (¿Ni cómo?)
sujetar su corazon,
y que en aquesta ocasion
de medio á medio la erramos,
pues que pichon le juzgamos

cuando es palomo ladrón.

ADELA.

¡Qué chasco! Mas aun no es tarde;
por fortuna á tiempo estoy,
y lo que puedo hacer hoy
vano es que á mañana aguarde.

Nada hay, pues, que me acobarde
en lance tan oportuno.

Así de entrambos, ninguno
será presto mi amador;
que no es mal juego en amor
perder dos por ganar uno.

INÉS.

Con que usted piensa.....

ADELA.

Al momento

dejarlos, y esto es seguro;
que si mas tardo, aventuro
mi fama y mi casamiento.

INÉS.

¿Mas con cuál pretesto?

ADELA.

Ciento

hay siempre para acabar:
y algo se ha de aventurar
que en la malilla de amor
es capote de favor

el quedarse sin casar.

INÉS.

Ya deseo la ocasion
de que lleguen.

ADELA.

Mas, espera. (*Ruido dentro.*)

¿Quién sube por la escalera
con tal precipitacion?

INÉS.

Señorita, sí. Ellos son. (*Se asoma.*)

ADELA.

¿Quiénes?

INÉS.

Los dos.

ADELA.

Como soy,
que presto llegan.

INÉS.

¿Me voy?

ADELA.

Sí, vete y nada receles;
pues ó quemo mis papeles,
ó golpe seguro doy. (*Vase Inés.*) (*Adela se
sienta.*)

ESCENA VIII.^a

Adela, Luis, Fermin con una carta.

FERMIN.

No señor, que has de venir aquí conmigo.

LUIS.

¡Estás lelo!

FERMIN.

Y ha de ver su propia carta: y la he de decir.....

ADELA.

¡Qué es esto!

¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!

¿Hay acaso.....?

FERMIN.

Nada bueno,

y extraño mucho, señora.....

LUIS (*á Fermin.*)

Hombre, por Dios.

FERMIN.

Que á un sugeto como yo, así se le falte.

¿A qué vienen fingimientos?

Todo lo sé, y esta carta que acaso hallé en mi aposento caida, muy bien me muestra

de lo que es capaz un pecho
femenil. ¿Con qué soy tonto?
¿Con qué yo soy majadero?
¿Yo.....?

ADELA.

¿Y bien?

FERMIN.

La frescura alabo.

¿Pues si tengo esos defectos?

¿Por qué me quiso?

ADELA.

¿Quién, yo?

En mi vida.

FERMIN.

Pues es bueno.

Vive Dios que me colgara
de una viga. ¡A mí un desprecio!
¡A mí una muger!

LUIS.

Fermin.

¿Y á tí qué te importa eso?

FERMIN.

No que será á tí.

LUIS.

Tampoco.

Pero como nunca un bledo
te se ha dado de esas cosas

que tú apellidas babeos,
pensé yo que.....

FERMIN.

Mal pensado.

En fin, la broma y los juegos
deja; pues en lance tal
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS.

Perdona, amigo, creí
que obras ni mas ni menos
como hablabas.

FERMIN.

(¡Qué lección!) (*Aparte.*)

LUIS.

Mas, pues me engaño, te ofrezco
hacer porque aqueste error
no sea fatal á tu afecto.

ADELA.

(¡A dónde vendrá á parar?
Mas callar es lo mas cierto.) (*Ap.*)

LUIS.

Veo que quieres á Adela.

FERMIN.

¡Yo!

LUIS.

Sí, porque tienes celos
y esa es señal que no falla.

FERMIN.

Que la quise no te niego;
pero.....

LUIS.

Silencio y escucha.

Adelita, yo confieso
que obré mal: nunca debí
atentar á los derechos
de un amigo. Así es forzoso
que ambos castiguen mi yerro.
Hágase la paz, y pues
yo por mi parte ya cedo,
cedamos todos, y acaben
de una vez esos muñecos.
¿No es verdad Adela? (*Silencio.*)

FERMIN.

¿Ves?

LUIS.

Dice un español proverbio:
que el que calla es porque otorga.
Pues señor, esto está hecho.
Llega tú, que aquestos son
los privilegios del sexo.

FERMIN.

Mas si yo tengo razon
¿por qué he de ceder?

:

LUIS.

Lo entiendo.

Pero no basta ser justo,
 es forzoso parecerlo,
 y quizá tú aunque lo ignores
 habrás dado fundamento
 de sospecha. Son las damas
 quisquillosas en extremo
 por lo regular, y á veces
 el rencor hace su efecto;
 mas no dura, que el amor
 sabe perdonar muy presto.

FERMIN.

¡Pues qué..... un hombre como yo
 se ha de humillar!

LUIS.

¿Y qué medio?

FERMIN.

Pero.....

LUIS.

Las faldas no humillan.

FERMIN.

Pues tú lo quieres, me acerco.

Adelita ya ve usted
 como yo al cabo.... (No acierto
 que decirle) sus injurias
 supe olvidar, y pues esto

es de cariño tal prueba,
exijo que por lo menos
se me diga, qué motivo
pudo dar pie á tanto yerro.
No busco culpa: no Adela.

Busco sí arrepentimiento.
¡Pero qué! ¿Usted el semblante
vuelve? ¿Usted el rostro bello
oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS.

(Bien, por Dios). (*Aparte.*)

FERMIN.

¿Y será cierto? (*Se arrodilla.*)

¿De ese corazon, por dicha
aun no he perdido el afecto?
¿Podré esperar?

ADELA.

Ah, ah, ah. (*Se rie.*)

Parece está usted haciendo
algun paso de comedia. (*Ad. se levanta.*)

FERMIN.

¡Señorita.....! ¡Yo!

LUIS.

Hecho un yelo

se quedó. ¡Qué humillacion!

¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo

para el que á todas desprecia! (*Ap.*)

(134)

FERMIN.

Mas.....

ADELA.

Fermin, bromas dejemos
á un lado. Si hoy por fortuna
á su buen humor me presto;
mañana tal vez..... (*Fermin se levanta.*)

FERMIN.

¿Pues qué?

¿Lo ha tomado acaso á juego?

ADELA.

¿Y cómo lo he de tomar?

FERMIN.

¿Con qué usted por lo que veo,
no me quiere?

ADELA.

No señor.

FERMIN.

¿Ni jamas me quiso?

ADELA.

Menos.

FERMIN.

¿Ni nunca fuera feliz
á mi lado?

ADELA.

Ni por pienso.

Fermin, lo propio que dije

en mi carta, eso sostengo
y sostendré. Quien se juzga
de los corazones dueño
solo con una mirada:
quien humilla al bello sexo
sin distincion, y quien halla
milagros en el desprecio;
solo este merece. Usted
júzguese su propio pleito.
Y advierta de hoy para siempre,
que las mugeres, durmiendo
saben mucho mas que el hombre
aunque esté muy bien despierto.
Que si quieren engañarle,
lo harán, sin otro remedio.
Que con ellas, la esperiencia
vale poco; pues es cierto
no se hallarán en la tierra
dos iguales, y sabemos
que el conocer y júzgar
los corazones, es cuento.
Si esta leccion aprovecha;
si escarmienta en propio yerro
tanto mejor para usted.
En cuanto á mí.....

LUIS.

¿Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA.

Y tan de veras, que es tiempo
de que le toque la suya.

LUIS.

¡A mí!

ADELA.

¿Pues no?

FERMIN.

¿Estoy despierto? (*Ap.*)

Por Dios no sé que me pasa.

ADELA.

Señor don Luis, no quiero
recordarle su conducta
hasta aquí. Nadie un defecto,
nadie en usted una tacha
pudiera hallar.

LUIS.

Yo agradezco.....

ADELA.

Le suplico que reserve
esas gracias para luego.
¡Pero cuánto se engañaba
quién así juzgó! Encubierto
bajo apariencia tan dulce
se hallaba sutil veneno.
Fingiendo pasión, ternezas,

simulando amor y celos,
tendisteis la red, que á dicha
supe yo evitar á tiempo.

¿No es esto verdad, Luis?

Diga usted si con efecto
no ama á otra. Si ayer mismo
no le escribió. Si su objeto
no es el unirse con ella.

En fin, hable usted.

LUIS.

No acierto..... (*Fingiendo turbacion.*)
Señorita..... yo..... es verdad
que..... si..... Todo va saliendo (*Ap.*)
como esperaba.

ADELA.

No mas,
que esto es suficiente.

FERMIN.

¿Pero
no hemos de saber.....?

ADELA.

Si tal.

Por mi parte esto es resuelto.

Usted, señor don Luis,
busque otra tonta (que á cientos
las hallará) y á su salvo
pruebe en ella sus enredos;

sus novelescas pasiones,
 aquellos fingidos celos,
 y aquel amor, que no há mucho
 pintaba con tanto fuego.

LUIS.

Con que esto quiere decir.....

ADELA.

Que hemos concluido.

LUIS.

(Bueno). (*Aparte.*)

ADELA.

Y en cuanto á usted don Fermin,
 con repetir me contento
 lo que hace poco dije,
 pues tanto vale, y valemos
 tan poco, hallará de sobra
 quien sujete el dócil cuello
 á su amor, si es que se digna
 elevarla á tanto puesto;
 pero por lo que á mí toca,
 su presuncion, sus defectos
 son tales, que no es posible
 disimularlos. Por eso
 ni le he querido en mi vida,
 ni le querré, ni le quiero.
 Creo haber dicho bastante.

FERMIN.

No señora, ni por pienso.

¿Cómo ha de bastar? Mi honor
está ultrajado, y pretendo
aclarar este negocio
á todo trance.

ADELA.

¿Y qué medio?

FERMIN.

¿Qué medio? Usted lo verá.

¿No sabe acaso que tengo
en mi mano la venganza?

¿No sabe que soy....?

LUIS.

Silencio (*A Fermin.*)

por Dios. (Él va á descubrirse (*Ap.*)
y aun no debe).

ADELA.

¿Qué misterio

es ese? Por fin sepamos.

FERMIN.

Si señora. Lo sabremos
puesto que usted lo desea.

LUIS.

(Y aun no viene.) (*Mirando ácia
fuera.*) (*Aparte.*)

(140)

FERMIN.

Yo..... No quiero (*Le tira de callar, que ya de la manta la casaca.*)
tiró el diablo, y.....

LUIS.

Mas..... (*A Fermin.*)

FERMIN.

Ni atiendo,
ni quiero oir.

LUIS.

(*¿Y qué haré? (Aparte.)*)
mas me ocurre un pensamiento).
Es muy extraño Fermin,
que con tono tan grosero
te atrevas así á faltar
de una dama á los respetos.
Si crees porque está sola
que impunemente has de hacerlo;
si con esas amenazas,
si con gritos descompuestos
juzgas vindicar tu honor
mucho te engañas. No veo
ya en ella á quien me desaira,
no escucho el resentimiento,
solo sí en aqueste instante
me acuerdo, soy caballero,
y como tal no me agrada,

ni en mi presencia consiento
que se ultraje á una señora.

FERMIN.

¿Y á tí quién para este entierro
te dió vela? Un mal amigo,
un hombre á quien yo hice dueño
de toda mi confianza,
que de ella abusa ¿es por cierto
quien se atreve á echarme en cara
mi proceder?

LUIS.

Te lo echo.

Si señor.

FERMIN.

Pues yo no sufro.... (*Gritos.*)

LUIS.

Yo tampoco.

ADELA.

¡Santos cielos!

¡Pues cómo! Por Dios señores....

LUIS.

Está muy bien. En saliendo (*van
se verá. ácia la puerta.*)

FERMIN.

Cuando tú gustes.

ADELA.

(Mal golpe fuera por cierto. (*Ap.*))

Valga el arte). Ay que me dá.

Mamá. (*Se deja caer en una silla.*)

LUIS.

Adelita.

ESCENA IX.^a

Dichos y doña María.

DOÑA MARIA.

¡Qué es esto!

¡Qué alboroto! ¡Qué algazara!

LUIS.

Señora.....

DOÑA MARIA.

¡Mas qué estoy viendo!

Mi niña. ¡Válgame Dios!

¡Pero ustedes que le han hecho?

FERMIN.

Yo nada.

LUIS.

Ni yo tampoco.

DOÑA MARIA.

¡Pues á qué habrá sido ello?

Vamos, sin duda será

porque como hoy hubo truenos.

LUIS.

Los truenos fueron, no hay duda.

¡Pobre Adela!

FERMIN.

(Para el perro

(Ap.)

que se fiara.)

DOÑA MARIA.

Ay Jesus.

Inés.

ESCENA X.^a

Dichos é Inés.

INÉS.

Señora.

DOÑA MARIA.

Corriendo

traeme aquí el Pericon,

y mientras yo le hago fresco, (*Se va y
aflójale tú el corsé, vuelve con el abanico.*)

dale agua. ¡Qué desconsuelo!

Que se me muere mi hija,

que se me muere.

ESCENA XI.^a

*Dichos y don Judas con un paquete en
la mano.*

DON JUDAS.

Laus Deo.

(144)

LUIS.

(Mi tío, salí de afan.) (Ap.)

D. JUDAS.

Señoras felice dia. (*Deja el paquete.*)

¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?

DOÑA MARIA.

Si señor.

D. JUDAS.

Voto á San.

DOÑA MARIA.

Sóstenla tú. (*A Inés.*)

INÉS.

No se cae.

DOÑA MARIA.

Inés, traele aquello.....

INÉS.

¿Cuál?

DOÑA MARIA.

Aquello que huele mal.

D. JUDAS.

Cuenta con lo que se trae.

LUIS.

¿El eter?

DOÑA MARIA.

Sí.

INÉS.

Se ha acabado.

(145)

DOÑA MARIA.

¡Qué descuido! En nada estan.

D. JUDAS.

Como haya en casa alquitran,
ese es remedio probado.

DOÑA MARIA.

¿Y vinagrillo?

INÉS.

Ha de haber.

DOÑA MARÍA.

Pues mira si en mis cajones
está el de siete ladrones. (*Vase Inés.*)

FERMIN.

(Los de Ecija habian de ser.) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

Ay, si se me morirá.

Don Judas, si usted supiera
medicina.

D. JUDAS.

Bien pudiera,
porque he leído á Le Rua.

DOÑA MARÍA.

¿Y allí no hay cosa que valga
para esto?

D. JUDAS.

Darle al contado
la purga del primer grado,

(146)

y salga por donde salga.

INÉS.

Aquí está ya. (*Vuelve Inés con un frasco.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y bien, qué hacemos?

D. JUDAS.

No arriar en banda el tapon.

INÉS.

Descuide usted.

LUIS.

(¡Qué ficción!) (*Aparte.*)

DOÑA MARÍA.

¿Le hará daño?

D. JUDAS.

Allá veremos.

DOÑA MARÍA.

¿Qué se decide por fin?

D. JUDAS.

Yo creo la han de aliviar
ayudas de agua del mar.

¿No os parece bien, Fermin?

FERMIN.

(A ver como no revienta.) (*Ap.*)

¿Mas yo qué sé?

INÉS.

Por san Pablo.

(147)

FERMIN.

Traiganle un doctor ó un diablo.

D. JUDAS.

Lo mismo es ocho que ochenta.

LUIS.

(¡Qué tardar!) Tio. (*Ap.*) (*Bajo á don*

D. JUDAS. *Judas.*)

¿Qué quieres?

LUIS.

¿Está todo?

D. JUDAS.

Todo está.

LUIS.

Al caso pues.

D. JUDAS.

Allá va.

Posible es que las mugeres (*Alto.*)
siempre y en todo han de errar,
irse á poner mala el dia
que yo el novio le traía
es cosa particular.

DOÑA MARÍA.

¡El novio!

FERMIN.

¡Su novio!

D. JUDAS.

Cierto.

•

(148)

FERMIN.

¿Pero quién es?

LUIS.

Calla ahora. (*A Fermin bajo.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y está en Cádiz?

D. JUDAS.

No señora.

FERMIN.

(¿Es sueño ó estoy despierto!) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

¿Mas cómo, si aun no ha llegado,
puede usted traerle acá?

INÉS.

Señorita, oye usted. (*Al oído á Adela.*)

ADELA.

¡Ah!

INÉS.

Ya vuelve.

LUIS.

¿Se le ha pasado?

ADELA.

¿Dónde estoy?

D. JUDAS.

En una silla.

ADELA.

¿Y ellos?

(149)

INÉS.

Solo fue una chanza.

ADELA.

¿Se mataron?

D. JUDAS.

Qué! ¿Hay matanza?

Pues acoto una morcilla.

INÉS.

Delira.

D. JUDAS.

Entonces no hay trato.

DOÑA MARÍA.

¿Qué sientes?

ADELA.

Mucha opresion,

mas ya se pasa.

D. JUDAS.

Es pension.

DOÑA MARÍA.

¡Oh! Sus nervios y mi flato

á ambas nos sacan de quicio.

Gracias que hoy volvió al momento.

D. JUDAS.

Si esa voz de casamiento

es la trompeta del juicio.

DOÑA MARÍA.

Al caso.

(150)

D. JUDAS.

Por el vapor

recibí há pocos instantes
los papeles de que antes
hablé ya á usted.

DOÑA MARÍA.

Si señor.

FERMIN.

¿Mas Luis.....? (*A Luis.*)

LUIS.

Chito, y destierra (*A Fermin.*)
todo cuidado.

FERMIN.

(*Estoy loco.*) (*Aparte.*)

D. JUDAS.

Hice rumbo aquí, y á poco
eché el cargamento en tierra.

DOÑA MARÍA.

Pero bien, doy de barato
que esté ya arreglado eso.

¿Él viene?

D. JUDAS.

No en carne y hueso;
pero traigo su retrato.

ADELA.

¡Su retrato!

(151)

DOÑA MARÍA.

Con que al fin..... (*A don Judas.*)

D. JUDAS.

Ya el asunto es decidido. (*A doña*

FERMIN. *María.*)

¿Mas qué es esto?

DOÑA MARIA.

Que marido

tiene mi hija, don Fermin.

D. JUDAS.

Tome usted. (*Da el retrato á Ad.*)

DOÑA MARIA.

Sí, que á ella toca

juzgar si es bonito ó feo.

Inés, mis gafas.

ADELA.

¿Qué veo! (*Mirando el retrato.*)

¡Dios mio!

DOÑA MARIA.

¿Niña, estás loca?

ADELA.

Es el señor. (*Señalando á don Fermin.*)

DOÑA MARIA.

¿Cómo!

D. JUDAS.

Sí.

(152)

LUIS.

¿Estás? (*Bajo á Fermin.*)

FERMIN.

Ya todo adivino.

DOÑA MARIA.

Con que usted es.....

FERMIN.

El sobrino

de don Judas.

ADELA.

¡Y que á mí
tal me suceda! ¡Qué rabia!
¡Qué vergüenza!

DOÑA MARIA.

En conclusion

¿á qué vino esa ficcion?

¿Hubo causa?

LUIS.

Una y muy sábia.

En bien que tan cerca toca
como la propia ventura,
la reflexion mas madura
á veces suele ser poca,
y ni es esposa constante
quien veleta un tiempo ha sido,
ni nunca es feliz marido
quien no fue dichoso amante.

Si tal logró, él lo decida
puesto que es su novio.

DOÑA MARIA.

Y bien,

él se casará.

D. JUDAS.

Sí.

FERMIN.

¡Quién!

¡Yo con Adela! En mi vida.

No fuera mala locura.

DOÑA MARIA.

Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMIN.

Se acabó, pues ella quiso.

ADELA.

¿Qué dirán?

D. JUDAS.

Que quien procura

tener novios á montones,

este fruto ha de coger.

DOÑA MARIA.

¿Mas yo qué habia de hacer?

D. JUDAS.

Zafarrancho de moscones.

Que el que con buena bandera

viene á quererse casar,

si ve corsario en la mar
toma la vuelta de afuera.

DOÑA MARIA.

Yo no sé lo que me pasa.

FERMIN.

Luis, primo, mi ceguedad
perdona.

LUIS.

De mi amistad
es deuda. Vuelve á tu casa,
vuelve á Sevilla, y allí
curate de tu manía,
acordándote que un dia
nada valiste por tí.
Busca esposa amante y fiel,
que ese es el mayor tesoro;
mas no esperes hallar oro
si vas en pos de oropel.
Haz debida distincion,
y al bello sexo respeta,
que aunque haya mucha coqueta
muchas hay que no lo son.
En fin, júzgate de hoy mas,
cual los otros, que va errado
quien piensa será apreciado
si desprecia á los demas.
Y usted Adela, que ha sido

víctima de tal contienda
cambie de norte; y la enmienda
le hará ganar lo perdido.

Reflexione cuanto daña
á su honor conducta tal;
pues la opinion es cristal
que aun del aliento se empaña.

Sea en todo compromiso,
formal, constante, amorosa,
que no vale para esposa
quien hoy ódia y ayer quiso.

En fin, pues deslíz tamaño
mereció tal escarmiento,
de ambos el comportamiento
remedie futuro daño;

y ojala que esta leccion
os pueda bien demostrar,
el fin que suelen lograr
Coquetismo y Presuncion.

s de un mal ejemplo.
portuguesa.
a de la amistad.
a de los jueces.
ol y la francesa.
e de ageno se viste.
as partes eueen habas.
Chachi.
oles sobre todo (2.^a parte).
cion.
II.
de Sevilla.
e la canela.
neia ó los maniáticos.
ita (La).
ela y Suni-Ada.
a de los Tribunales.
invisible.
an (tragedia).
los (Los).
alo de Córdoba.
erita.
erita pancista.
ore de la Selva negra.
fana de Bruselas.
fanita.
ax ó pícaro y honrado.
del Cromwel.
de Cromwel.
del emigrado.
ones perdidas.
ites de Lara.
a.
niero ó la deuda del honor.
erio de las costumbres.
lgencia para todos.
ntra el viento.
liyo y la Serrana.
el Feo.
a la Rabicortona.
gar por las apariencias, ó una
araña.
n de sesenta años.
ador.
o de amor.
que son mujeres.
que puede un empleo.
areña orgullosa.

Maton de Andalucía.
Mensajera.
Mérope.
Muerto vivo.
Marido jóven y mujer vieja.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Mujer celosa.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropia y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia).
Mujer por fuerza.
Mujer varonil.
No háy que fiarse de compadres.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (tragedia).
Novicio.
Opera y el Sermon.
Opresor de su familia.
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pagarse del esterior.
Para un apuro un amigo.
Parto de los montes.
Polilia de los partidos.
Primo y el Relicario.
Por amar perder un trono.
Pancheo y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Penitencia en el pecado.
Posada de la madona.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Quien será su padre.
Rábula (tragedia).
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Rocío la Buñolera.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).

Secreto de una madre.
 Solteron y la criada.
 Sal de Jesús.
 Tal para cual.
 Tonta (La) ó ridículo novio.
 Treinta años ó vida del Jugador.
 Tio Pablo ó la educacion.
 Trapisondas por bondad.
 Tercera dama duende.
 Too es jasta que me enfae
 Torero de Madrid.
 Toros del Puerto.
 Triana y la Macarena.
 Una noche de novios.
 Una travesura (ópera).
 Urganda la desconocida.
 Un año de matrimonio.

Un año despues de la boda.
 Un amante aborrecido.
 Ultimo de la raza.
 Un mal padre.
 Un casamiento provisional.
 Un quinto y un párvulo.
 Un rival.
 Un soldado de Napolcon.
 Virtud en la indigencia.
 Un loco hace ciento.
 Vergonzoso en Palacio.
 Viajante desconocido.
 Vieja y las calaveras, ó la posa
 Virginia.
 Viuda de Padilla.
 Zenobia y Radamisto.
 Y otras muchas.

SAINETES.

Abate y el albañil.
 Agente de sus negocios.
 Alcalde de la Aldea.
 Alcalde justiciero.
 Alcalde proyectista.
 Alcalde toreador.
 Almacen de criadas.
 Almacen de novias.
 Ama loca y paje lerdo.
 Amantes disfrazados.
 Amigo de todos.
 Amo y criado, y casa de vinos ge-
 nerosos.
 Amor abandonado y paje desgra-
 ciado.
 Andaluzas y manolo.
 Anteojo (El).
 Aspides (Los).
 Astucia de la alcarreña.
 Astucia de una criada.
 Astucias conseguidas.
 Astucia estudiantina.
 Astucias desgraciadas.
 Avaracia castigada, ó los segun-
 dones.
 Avaro arrepentido.

A un engaño otro mayor, ó el
 bero que aseitó el burro.
 Baile desgraciado.
 Bellos caprichos.
 Besugueras.
 Boda de Don Patricio.
 Boda del tio Carcoma.
 Burlador burlado.
 Burla del pintor ciego.
 Burla del miserable.
 Burla del posadero.
 Bandos del Avapies y venganza
 del Zurdillo.
 Buñuelo (tragedia burlesca).
 Botero (tragedia).
 Botellas del olvido.
 Cada uno en su casa y Dios en
 de todos, y no hay que fiar
 vecino.
 Café (El).
 Calceteras (Las).
 Calderero y la vecindad.
 Callejon de la Plaza mayor.
 Careo de los majos.
 Casa de abates locos.
 Y otros muchos.





**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.189
n.1-24

